

EL LIBRO DE LA HERMANA

Claire Lejeune

PRE-TEXTOS

EL LIBRO DE LA HERMANA

EL LIBRO DE LA HERMANA

Claire Lejeune

*Traducción y nota de
Flor Herrero Alarcón*

PRE-TEXTOS

La presente edición ha contado con una ayuda a la traducción de:

EL MINISTÈRE DE LA COMMUNAUTÉ FRANÇAISE DEL GOBIERNO BELGA

y



Universidad de Cádiz

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores,
viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser
previamente solicitada.

Primera edición: abril de 2002

Diseño cubierta: Pre-Textos (S. G. E.)

Título de la edición original en lengua francesa:
Le livre de la soeur

© de la traducción y nota: Flor Herrero Alarcón, 2002

© Editions Labor, Bruxelles, 1993

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2002

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

ISBN: 84-8191-475-4

DEPÓSITO LEGAL: V-1685-2002

GUADA IMPRESORES - TEL. 961 519 060 - MONTCABRER 26 - 46960 ALDAIA (VALENCIA)

NOTA DE LA TRADUCTORA

Cuando inicié la traducción de este libro, sólo sabía que lo quería traducir. No sospechaba que se convertiría en una guía, un espejo, un laberinto, un barco, un túnel del tiempo, un lugar de encuentros, una isla desierta, un abismo, un olvido, un sinfín de gestiones, un cofre del tesoro, un amante descontento, un número capicúa o unos billetes de avión... Me había encontrado con mi primera traducción *pasional*. Y quería preservar ese color. Para interrumpir lo menos posible su lectura, he evitado, al máximo, las notas de la traductora y, las numerosas citas de poetas francófonos que pueblan el texto, me he tomado la libertad de traducirlas yo misma sin crear citas eruditas. Me parece buena idea permitir que los amantes de la poesía adivinen a quién pertenecen las frecuentes cursivas. Tan sólo he tomado de la Biblioteca Clásica de Gredos la versión castellana de las citas de Heráclito y de Platón para evitar el oscurecimiento de la traducción de otra traducción y, por lo mismo, las citas bíblicas pertenecen a La Biblia de Jerusalén, editada por Alianza. Pero lo que no he podido evitar es hacer esta primera nota, para explicar muy brevemente mi historia con esta traducción.

Desde el momento en que un escalofrío me recorrió la espalda leyendo al azar una página de *Le livre de la soeur* hasta el momento de entregarlo “hablando mi propia lengua” a los

editores, han transcurrido casi cinco años. Algo más de cien páginas. Traducción difícil, sí, vicisitudes y dificultades de toda índole, también, pero esa desproporción se explica mejor desde el desconcertante eco que se produjo entre lo que llegó a ser mi realidad durante ese tiempo de mi vida y un texto que se revelaba como mapa de mi propio laberinto y mostraba, al mismo tiempo, una salida oculta por una cegadora luz. La tensión aniquiladora que llegué a experimentar, entre un silencio devastador y un impulso desbordado por decir, anulaba por momentos cualquier posibilidad de expresión.

Recuerdo que Albert Camus escribió en uno de sus primeros ensayos que la desesperación no puede ser materia literaria porque en la verdadera desesperación no hay escritura posible. En la primera página de este libro Claire Lejeune dice: “Del rayo al claro, veintiocho años (...) el tiempo de cerrar el ciclo de la pasión”. Y en el último capítulo: “Lo que hace tan mortífero el paso de la patria a la *fratria* es la extrema lentitud del verbo de la hermana para liberarse del yugo de la autocensura”. No puedo dejar de atar esos cabos... la desesperación puede llegar a ser tan atroz como explosiva.

Pero el reto seguía ahí, vivo y palpitante: Traducir, traducirse. Sin más. Después, compartir, la promesa alentadora. La travesía entre lenguas, imagen recurrente en este oficio, ha resultado ser con *El libro de la hermana*, un viaje a las profundidades del alma. Un viaje que se inicia con una intuición como brújula, un texto como navío y la voz de otra mujer como único faro. Un viaje que transcurre entre largos periodos de calma chicha donde el desánimo hace perder el rumbo, días de temporal en lucha contra la zozobra y breves etapas de bonanza en que traducir es como respirar. Y un puerto de destino que se vuelve, a rachas, huido o inalcanzable.

Los barcos que se aventuran hasta tierras lejanas e inhóspitas suelen volver con las bodegas llenas... si vuelven. Así pues,

conducido a buen puerto *El libro de la hermana*, transformado y con inevitables desperfectos, sano y salvo el timonel tras el largo viaje, mi más sincera gratitud al navío de este libro, a las manos que lo construyeron, a la voz que me guió. A Martine Renouprez, amiga y compañera, que me lo dio a conocer. A los puertos seguros y generosos donde pude atracar algunas semanas y abastecerme: el Collège des Traducteurs Littéraires de Seneffe, en Bélgica, donde Françoise Wuilmart me acogió confiando en mi proyecto y permitiéndome así conocer a Claire Lejeune y disfrutar del privilegio de su conversación, de su ayuda para esclarecer los aspectos más complejos de su pensamiento; y la Casa del Traductor de Tarazona, donde Maite Gallego y otros colegas me aportaron muy valiosas ayudas para terminar la corrección del manuscrito. A Fernando Garcín, el “poeta hermano”, vigía que me ayudó a salvar muchos escollos y avistó tierra. Y, naturalmente, toda mi gratitud al equipo de Pre-Textos que, con mucha paciencia, y con el apoyo del Ministerio de Cultura de la Comunidad Francófona de Bélgica y del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, han hecho posible que esta traducción se materialice en nuestras manos, que se pueda, por fin, leer en castellano a Claire Lejeune. No es poco. Pues que sea a la salud de todos.

Cádiz, julio 2001

FLOR HERRERO ALARCÓN

EL LIBRO DE LA HERMANA

Al alba de este domingo 14 de febrero de 1988, sé que he llegado a mi destino. Nómada, he cruzado el desierto de la cultura. Entro en la tierra de mi naturaleza segunda. No me he guiado, bien o mal, fui conducida hasta aquí por la poesía; a mi equinoccio de otoño donde se reconoce, no sin asombro, la estancia que haciendo camino me he llegado a ser. Heme aquí, pues, huésped, en el doble sentido de acogedora y acogida, gemelas tuteándose en la fascinación de reencontrarse libres bajo el mismo techo tras una separación tan larga. Del rayo al claro, veintiocho años para apropiarme una por una de las llaves de mi propiedad. Del equinoccio de primavera al equinoccio de otoño, el tiempo de cerrar el ciclo de la pasión. Levantada antes del alba, reconozco someramente los espacios de la casa mental donde al fin soy toda. Desde aquí, donde se han dado cita todas mis edades, se escribirá lo que queda por escribirse antes de despedirme. Se diga lo que se diga, se calle lo que se calle, en adelante se hará desde esta estancia construida en tierra prometida a la obstinación poética. En ella, hermanas y hermanos tienen su propia habitación. La sala grande es común. Los senderos del jardín se pierden en el bosque circundante. No me marcharé sin antes haberos entregado las llaves, sin haber saldado mis últimas cuentas con la Historia.

Habito en la ruptura. No en cualquier ruptura. En la nuestra. Tierra nueva entre tú y yo, tan peligrosamente conquistada después del cortocircuito. Interiorizado, el desierto se toma el tiempo de una vida para encontrar su lengua. No estábamos en el mundo; de un libro a otro yo nos portaba. Agotada finalmente la esperanza, nos recojo en mí como a un fruto maduro en el huerto del otoño. El relámpago mantiene su promesa cuando la espera ha desaparecido.

*

Temías que cediera a la tentación de contar nuestra historia. Me he tomado el tiempo de olvidarla, de hacerme con ella un ovillo de vida infinitiva con el que mi pensamiento tejedor se ve agraciado en el umbral del invierno. Nos sobrevendremos.

*

Memoria de nada. Bautismo de fuego. Concebirse: (s)ignificarse en el incendio de tener todo, de saber todo. Absolverse del vacío de memoria del origen, entonces volver al mundo para una nueva historia. La ignición libera a la memoria de la *cosa*.

¿Cómo hacer frases con esto, con el verbo en fusión? El arte comienza donde el volcán se duerme. La poesía *es la primera que llega*. Volver a ella es llegarse.

*

Presencia en el mundo es desbordamiento de presencia en sí.

*

Sucede que dejó de importarme lo que llegó a ser nuestra historia, pero que mi vida sigue pendiente de la promesa no cumplida que ésta le supuso. Desprenderse de la promesa es la tarea más cruel del pensamiento invirtiendo su propio curso. Comprender que siempre es en el nivel de la promesa donde se deja timar. Que Se le hace abrigar la esperanza por su bien supremo. Nada más mortal que la esperanza que se cultiva en el alma como un campo de adormideras en las inmediaciones de lo real. Depender de la esperanza priva al alma de todo goce de sí misma. Los que la venden saben todo el provecho que pueden sacarle.

*

Siendo incompatible ser sí misma y ciudadana en la sociedad patriarcal, para salvar el amor era necesario atajar la crecida del odio en mi sangre. Romper con el Hijo del Padre y de la Madre, con el hermano asesino con el que la Historia se ha hecho un ciudadano de elite. Partir de un tajo al Hombre de piedra para liberar al hermano poeta que tiene secuestrado y que, en la primera mirada compartida, yo había reconocido en ti. Por esa mirada loca de niño viejo que ha perdido el habla, sin saberlo tú, pasaste a mi sangre. Crecerías secretamente en mi casa, a salvo de la debilidad a la que Se te había prometido.

Más allá del espejo roto de la hija, el rostro del hermano se vuelve legible entre las líneas del libro de la hermana. En él se reconocerá. En él se amará. Es el amor de la hermana el que libera la palabra del hermano.

*

El libro de la hermana se escribe en el espacio-tiempo de la ruptura. Obra de deshisterización de la memoria. Su hora coin-

cide con la del desastre de la filosofía del Padre. En él se fomenta el pensamiento cuatridimensional del siglo venidero. Errando por las ruinas de la casa del Padre, los hijos todavía rehúsan aventurarse en la casa de la hermana, por miedo a despertar al hermano durmiente del bosque.

*

El derecho a la felicidad, en el que durante mucho tiempo tuve la debilidad de creer y que falseaba toda relación crispándola, ha perdido toda legitimidad. La ética del vidente alimenta su fuego con el recto derecho que apuntala la ética del creyente. La vida no se escribe en términos de derecho y de deber. La ley no ha administrado nunca más que la falta de amor.

*

Gana de nada. De ser nada. Nadie. Más violenta de lo que nunca fue. No de acabar con la vida, sino con la existencia que ella abandonó y a la que he dejado de aferrarme. Hacer nada para que advenga de nuevo nada. Lo *nulo* a lo que se aferra la vida real. Llegar al término del mayor duelo, con la lengua cargada del gusto de nada. Aquí, en el bajío, falta el oxígeno. Escribo concienzudamente la existencia de esta falta de inspiración. ¿Buscarla fuera? La muerte obra por todas partes. ¿Qué tengo? El mal de este siglo. Tengo la muerte en el alma y soy la consciencia del mal que tengo. La muerte en el alma: algo que se escribe, que se lee, que se relee. Algo que se vive en lo más bajo de los escalones de la esperanza. Sin la menor ilusión con la que diferir esta realidad. Sin la menor tentación tampoco de atentar contra esta lucidez pagada a tan alto precio. No puedo ni quiero nada más que ser consciencia hablante

—justa medida— del mal que tengo. Porque es la verdad. La verdad consustancial a la Tierra y a mí.

La pura ausencia de señuelo, algo que sólo puede intentar escribirse. Traducirse literalmente. Escritura diagnóstico. La muerte en el alma ya no es un estado anímico, es un hecho de consciencia. Impropio para el arte. Lo constato. Y no es razón para defenestrarse: comprender en esta página que nunca he escrito sino con miras a este puro cercar a la muerte. Entre ella y yo el último círculo resistente se disuelve: la una somos la otra. Saludables. ¡Era ésta, por tanto, la salud tan poderosamente requerida a través de las estaciones de la escritura! Ganar la certeza de no tener nada más que perder, de poder osarlo todo. Entonces, ¡adiós al arte, a la esperanza, al miedo y encuentro en el terreno de la verdad!

*

Habiéndose ausentado la poesía, mi presente traduce literalmente su ausencia: la muerte en el alma se autografía en negro sobre blanco. La vida infinitiva se escribe con letra de fuego. El libro se concibe de la ignición, de una lectura in-mediata del rayo por la sangre. Recuperar la memoria del origen del libro es exponer la propia vida al rayo de la X con el que se propulsa la vida.

Si mi vida y la vida no se hubieran conocido en la cima de la montaña ¿Cómo reconocería yo en el fondo del abismo la esencia del sufrimiento? ¿Quién puede concebir el infierno si no ha conocido el paraíso?

¿Cuándo se ausentó la vida?, o más bien, ¿cuándo me ausenté yo de su intimidad? En el momento en que dejé de tutearla para dar testimonio de ella por los caminos descendentes, mi

alma se volvió a cubrir de azogue. Transparencia perdida, pero sé lo que hay que hacer para encontrarla de nuevo.

De la continuidad de los extremos –del cruce de lo alto, de lo bajo, de la izquierda y de la derecha– es de donde se secreta el hilo de mi escritura. ¿Qué soy? Un instrumento de percepción de lo real. Cuyas pasiones todas están irresistiblemente gobernadas por la de escribirse certeramente.

*

Ellos me interrogan: ¿quién es Ella? La vida infusa, la que firma su presencia con un relámpago. Ante la que Se hace el signo de la cruz para protegerse. Anterior a Él. Presente en el origen y en el fin de toda forma. Entre el relámpago y el grito, la memoria de la gesta del verbo prohibida en el nombre del Nombre. Para entregarse ciegamente a Él, es condición no haber tenido nunca comercio con Ella, que transforma todo credo, todo *cogito* en fuego.

*

Cuando la memoria ígnea de lo real nos vuelve, Dios y la Historia mueren conjuntamente en nosotros de la muerte más natural.

*

En los límites del poema, donde Se la mantiene a raya, la poesía cautiva, cultivada para el ocio del intelectual y el reposo del guerrero, se desnaturaliza, se vuelve un arte, la perla –Se dice– de la cultura. Celebrada a condición de permanecer velada, encerrada en la ignorancia de sí misma. Al primer

signo de presencia en sí odiada, expulsada, públicamente acusada de descarriarse, de faltar al servicio de la belleza por meterse donde no la llaman: en la verdad. La crítica funcionaria se crea en nombre de la cultura el deber de lanzarle públicamente la primera piedra.

Extenuada por el odio de los unos y la idolatría de los otros, la poesía se evade de los campos de la belleza a los que fue asignada. Su resurgencia en el de la verdad sólo puede crearse un oído a través del paso abierto por el fondo en la losa sepulcral que funda la Ciudad del Padre.

*

En la llamarada de su última imagen, la poesía se sobreviene a sí misma. Perekieron poetas por haber querido salvar del fuego el último rostro que de ella tenían. Es preciso que el poeta abrace al rayo, que sea uno con la cosa ígnea del verbo para que ella vuelva a la memoria del siglo.

*

Cercar el sufrimiento de la consciencia moderna: la falta de ver del saber y la falta de saber del ver. Vacío en la memoria del tiempo circular donde poeta y geómetra no se faltaban: ¿Fatalidad insuperable? ¿Puede la ocasión perdida para todos ser recuperada por cada uno en un más allá de la Historia? Estrechamente rodeado por una mirada, el vacío de memoria se objetiva. Él mismo se vuelve un ojo. Órgano imputrescible de la lucidez.

*

Cuando el relámpago de lucidez era el objeto de su mayor miedo, los individuos se unían contra ella inventándose una

común razón de creer para no ver. Ahora que la lucidez de cada uno es la única posibilidad de salvación de todos, se entenderán para cultivarla y compartirla. Pan cotidiano de los huérfanos de la Providencia.

*

«En el fondo, usted no ve en su principio más que poesía subjetiva: su obstinación en volver al abrevadero universitario –¡perdón!– lo prueba. Pero acabará por sentirse satisfecho sin haber hecho nada y sin haber querido hacer nada. Sin contar con que su poesía subjetiva será siempre horriblemente insulsa. Un día, espero –muchos otros esperan lo mismo–, veré en su principio la poesía objetiva, ¡la veré más sinceramente de lo que usted lo haría!»

ARTHUR RIMBAUD

Iniciada en el más allá del señuelo, ¿qué soy? Una conciencia anticipada del fin de la Historia. Sin otra cosa que hacer con la muerte de Dios más que escribir la esquela. En este sentido, objetiva. La objetividad vidente se obtiene de la transgresión lúcida y consecuente de las reglas de la objetividad científica. Llega entonces para la una y la otra la hora de saludarse, de reconocer los límites de su territorio propio y de disponer una zona de medianería donde su origen común pueda generar libremente sus lenguas.

Con este espacio de exclusión del tercero del que la razón hizo un desierto, el pensamiento puede hacerse, si lo quiere, una tierra de una fecundidad inaudita. La *poesía objetiva* dará los primeros pasos reales sobre esta tierra prometida a la *leal adversidad*.

*

Habiendo perdido todas las razones para mentirse a sí mismo, el pensamiento descubre más allá de la esperanza el horizonte de lo inesperado: la extensión de su campo de libertad, la inmensidad de las tierras de lo posible ofreciéndose a su mirada imprevisiblemente maravillada por esta novedad de lo inculto. Para encontrar la naturaleza segunda, ¡hacer el duelo de la primera!

*

Escribir anticipadamente la muerte de una civilización equivale a sobrevenirse desde ella. Escribir el fin de la Historia es volver de lejos, de antes de ella para disponer su después. Regreso de este extremo oriente del pensamiento. Tengo la edad de la luz, no la de la civilización.

*

Apropiarme sin vergüenza de todo aquello y sólo de aquello que mi pensamiento necesita para nutrir su lengua. Libar sin frontera: lectura salvaje de los escritos cultos (a la manera de las interpretaciones cultas del pensamiento salvaje), sabiendo lo que eso cuesta, pero sabiendo también que una lengua propia merece la pena haber sido mil y una veces cortada. Pues se apoya en su audacia para avanzar redoblada por una igual capacidad de repliegue; en su aptitud para hacer acto de ausencia o de presencia según la necesidad de la hora.

*

La energía que invierte el excluser en su gesto va en provecho del excluido si hace de ella materia de reflexión. El ejercicio del poder de excluir no se da sin una irremediable pérdi-

da de potencia. Este gasto del Sujeto dominante se inscribe en el crédito del Objeto dominado. Allí donde la memoria de las formas del rechazo se desborda en potencia de proyecto, viene al mundo un Sujeto iluminado, profeta de los tiempos nuevos. Si habla en nombre del Padre, su potencia de proyecto vuelve a ser fatalmente potencia de rechazo, voluntad de poder. De profeta en profeta, la iluminación revolucionaria va en provecho de la tradición. Así se perpetúa la Historia: por malversación del verbo en nombre del Padre.

*

El exclusor de la poesía que se piensa no hace más que repetir el gesto civilizador: cortar el alma de su lazo inmediato con la vida. Decir *Yo te bautizo en el nombre del Padre*, es decir: yo te corto simbólicamente de Ella. En nombre de la ley, perderás la memoria del rayo so pena de ser expulsado de la Ciudad del Padre.

Indefinidamente repetido, el corte fundador confirma, agravándola, la pérdida de autenticidad en la que se funda el discurso del Sujeto. La lengua desnaturalizada de la Idea –pura palabrería– es negación misma de toda generatividad.

*

Naciente, mi pensamiento se aplicó por entero a autografiarse en las páginas de un cuaderno, después a autorizarse ante sus propios ojos, lo que no sucedió sin frecuentes recaídas en un profundo sentimiento de inexistencia. Apenas autolegitimada, mi lengua se topa con la muralla de una ciudad que no tiene oídos para oírla, una ciudad donde el monopolio del pensamiento está acaparado desde hace más de dos milenios por la filosofía.

Entre su posible oído en el mundo y la lengua de mi *extrañeza legítima*, hay un muro. Un muro de incomprensión del que no tengo por qué asombrarme, sin embargo nunca hasta aquí había percibido tan manifiestamente su materialidad. Muralla de piedra contra la que mi pensamiento se choca, y que me parece haber tenido como función principal la de devolverlo sin cesar a sí mismo. Lo que durante mucho tiempo he visto entre el afuera y el adentro como una falla a cuyo fondo había que volver una y otra vez para tratar de remontar su fatalidad, acaba de erigirse bruscamente en un muro que mi pensamiento —me percató de que se ha vuelto corpóreo— puede en adelante ver y tocar sin dañarse. Ese muro existe realmente y tiene una historia. La historia de la Historia. Memoria de una sordera que se vuelve decible y audible. De un absurdo monumental, de un impedimento que tiene aquí y ahora para mí la objetividad de un muro. De un muro que quiere decirme algo que al fin estoy preparada para escuchar.

Un muro. Un muro se perfora, es medianero entre el adentro y el afuera. Del mismo modo que me veo emparedada por la civilización, veo que ella misma se ha emparedado para protegerse de las radiaciones del pensamiento anterior a su fundación; para defenderse también del pensamiento exterior, aunque infinitamente menos amenazante para sus cimientos. Ningún pensamiento se interesa más violentamente por el principio de identidad que el pensamiento salvaje porque es el excluido. Es el único, hoy resurgente, capaz de cercar con una mirada lúcida la Ciudad encerrada en su historicidad totémica, modelo autorreproduciéndose hasta la extinción de sus fuegos de origen, alucinándose con su esplendor pasado. Necrópolis soñando con reconstruir la Acrópolis cuando la razón se pone a desvariar.

En la primera visión, me situó *intramuros*, en la segunda, *extramuros*. Encerrada dentro, intento salir; encerrada fuera, intento entrar. Existo ahora, por tanto, conscientemente a los dos

lados del muro. Doblemente llegada al pie del muro de la fatalidad. Sin retroceso posible. Por una parte la original, por otra la actual. Irreductible duplicidad de la salvaje que se sabe irremediabilmente civilizada frente a la de la civilizada que se sabe irremediabilmente salvaje. Entre ellas no queda la mínima huella de inocencia. Perdida para siempre la blancura del alma. Así reducida a mi más simple expresión, soy cuatro. Cuadruplicidad cuya consciencia recién nacida aún se pregunta cómo va a poder vivirse y escribirse si no es dialogísticamente.

Consciencia de una esquicia que se ha vuelto consciencia de un muro entre el exilio interior y el exilio exterior. Consciencia objetiva del espesor, de la altura y de la profundidad de los cimientos del muro de la fatalidad. Ahora hay algo que hacer con el muro. Ni escalarlo ni derrumbarlo. Que mis cuatro voluntades se pongan manos a la obra, que horaden en él orificios a su medida y el muro terminará en puntilla. Calar el muro: así queda provisionalmente definida la labor. Encender hogueras de complicidad en la noche del siglo.

*

Mi pensamiento giraba alegremente alrededor del tuyo, no para referirse a él sino para interferir con él, que se había dejado coger en ese juego del ratón¹ y el gato. Al descubrir que el ratón esperaba un hijo del gato, el Amo ultrajado mandó a la loca a su casa. Con el tiempo, hizo de su locura una sabiduría: a la vez un duelo y un futuro de aquellos juegos prohibidos.

*

¹ N. de la T.: Ratón es femenino en francés.

Siendo objetividad una palabra cuya exclusividad se ha atribuido el Sujeto culto, procede aquí devolverle su libertad. La poesía es objetiva en el sentido de que sólo la mueve un objetivo: su propia generación. No tiene otra mira que su continuidad.

*

Uno puede —dando aplazamientos a la revuelta— acomodarse durante mucho tiempo en el sentimiento de injusticia, pero no en su consciencia. La consciencia de consciencia no admite paliativos. Al pie del muro se ejecuta. Sin previo aviso.

*

Al comienzo es la luz y la luz es materia para el verbo: ésta es realmente la verdad que hay que oír al pie de la letra. *Nada* es la cosa que ver. Materia para ser. En el grado cero del alfabeto, el relámpago, la firma de Ella. Maldito por Él el vínculo zahorí que la sangre mantiene con Ella.

*

Existe un umbral en la altivez intelectual donde se desencadena irresistiblemente el proceso de descolonización del alma. Perdida la ilusión de encontrar blanca la página del principio, para el alma sublevada se trata de establecer con el intelecto una relación totalmente distinta de la de colonizada con colonizador. Lo que implica para ella la necesidad absoluta de romper con la fatalidad de su relación histórica. Mientras que ese divorcio no haya sido consumado, un vínculo de complicidad entre el alma y el intelecto no tiene razón de ser.

*

Es el verbo quien produce sentido. Por autogeneración. El Sujeto no tiene sentido más que por apropiación, por desvitalización del verbo ser. Tener sentido, tal es la obsesión, confesada o no del Sujeto culto. Impotente para generarlo, coloniza su fuente y planta en ella su bandera, aunque para ello tenga que inventarse una paternidad de derecho divino.

Esta migración de la cosa propia del alma hacia las regiones más frías del intelecto se efectúa por la lenta procesión mitológica. El mito es una expresión de la razón más o menos impura según esté todavía más o menos cargado de alma. Cuando el alma está aterida, el concepto de ser alcanza su más alto grado de pureza. De este modo morirá la vida de frío si la poesía no se dedica por entero a provocar el deshielo.

*

El alma conocedora de sí –culpable a ojos de la ley– es obstáculo para el saber conceptual, obstáculo para ese enfriamiento de la cosa mental que ha permitido el desarrollo de la objetividad científica. Del alma, cuyo principio ígneo es *el estado salvaje mismo* (Hölderlin), había que hacer algo que fuera domable y controlable por el intelecto. Devoción, don, perdón, resignación, abnegación, arte, literatura, locura secuestrable, enfermedad curable o incurable; cualquier cosa menos lucidez. Con tal de que no se conociera a sí misma. La autobiografía del alma es a ojos de la razón fría la obscenidad misma.

*

Ha hecho falta que la razón del Padre se vuelva culpable de las peores injusticias y de las peores sevicias para que el alma

preñada de su propia muerte no se reconozca otra salida que la destitución de la *Estatua interior*. A esta revolución mental habré consagrado mi existencia al límite de mis medios que sólo excepcionalmente están a la altura de mi lucidez. De ahí la frecuencia de los profundos desánimos que me hacían vulnerable a la arrogancia intelectual, de la que he terminado por comprender que es proporcional a la inanidad de los conceptos con los que hace sus juegos malabares.

*

Fundirme con los límites mismos del cansancio para tomar su exacta medida; no había otro medio de que su exceso pasara a mi lengua, de que tuviera la oportunidad de ser reconocido y compartido. Del encuentro de los exhaustos puede brotar la energía de la desesperación. El futuro sólo puede contar con la multiplicación de sus fuentes en el desierto del amor.

*

En la medida en que la razón del Sujeto sustantiva al verbo para hacerse con él una lengua de saber y de poder, el pensamiento pierde su medio natural. Salvar el alma de la megalomanía del intelecto se ha convertido en el problema ecológico esencial de este planeta. ¿Cómo podría seguir germinando el pensamiento en los cerebros que la memoria de la sangre ya no irriga? El ruido mediático que se hace con el silencio del pensamiento da que pensar a quien lo percibe. Aviso de búsqueda: ¿Adónde ha ido a parar el pensamiento de Occidente? ¿A qué Oriente se ha retirado para premeditar su resurgencia? ¿Será la publicidad hecha a su desaparición la que hará encontrar sus huellas?

*

Cuando la muerte de la vida viene a anticiparse en la escritura, la relación histórica del alma y del intelecto debe ser desconectada de su aparato de supervivencia. Al alma corresponde asumir los riesgos de este doble o nada; retirarse de su pareja infernal para darse la posibilidad célibe de parir las formas textuales de una alianza posthistórica. Hacerse del retiro voluntario una ética y una estética transitorias. La continuidad de la vida es la apuesta de las rupturas necesarias.

*

Ninguna otra urgencia para el pensamiento del tercero excluido más que la de colmar su multimilenaria desventaja. Al escribirse, contravenir la sacrosanta objetividad de la Historia escrita por el Sujeto dominante.

Al pensamiento del verbo corresponde levantar el tabú del que es objeto, cerrar el vientre de la Historia que se lo tragó. Expulsarse de él, después convertirlo en un trasmundo, en un objeto terminado, pensable en tanto que avatar del devenir humano. Si hay *pre*, hay necesariamente *post*. La ballena que se vuelve digerible por Jonás. Integrada por una soledad, la fatalidad del sufrir cambia de signo: deviene clave del actuar.

*

Habiendo consumado la ruptura mental con el poder patriarcal, estoy en situación de ex-dependencia respecto a él, en posición de cercar mi dependencia pasada con una mirada circular que la objetiva. Producido el hecho, crear la palabra para significarlo. La independencia es el sueño que la ex-dependencia intenta realizar al precio desorbitado de la muerte

de los sueños. Habiendo sido el sueño de libertad su razón más inveterada para vivir, el poeta experimenta la mayor dificultad del mundo para despertar. Sin embargo, ése es el paso que debe franquear para encarnar la presencia real de la libertad: dejar de ser el *soñador definitivo*, el perpetuo evadido. En el recinto de las prisiones del siglo es donde hay que romper el destierro. Entre el sueño de independencia y la ex-dependencia, está la memoria de la dependencia, aliviada del peso de su fatalidad. ¿Qué le queda a la memoria de la Historia sufrida cuando el tiempo de su reproducción ya ha pasado? Olvidarse en la generación de una lengua que no tiene otra mira que la de mantener su propio fuego.

*

Perlas para los puercos, decía amargamente aquella tarde el mago de turno... Encontró la palabra que convenía perfectamente a la situación. Entre los puercos del salón, sientes que te vuelves un puerco. ¿Cómo purgarte lo antes posible de la porquería que te impregna, que se te pega a las tripas? Todo no se puede olvidar tan fácilmente. Poder escribir para las letrinas.

*

Cercar al máximo la verdad del tercero es cercar el mal del alma, sentir el dolor de ese mal hasta ser el alma del mal. Magia negra. ¿Hubo nunca otra?

*

Donde la autenticidad falta, la vanidad actúa como compensación. Inherente al sistema patriarcal, ha terminado por ser su móvil. Donde aquélla se deprime, éste se hunde.

*

La necesidad del alma es incluir al tercero como la del intelecto es excluirlo. Conciliar estas necesidades adversas.

*

Hacerse, en este fin de civilización solar, un objeto de conciencia con el desgarramiento a la noche que supuso su fundación. Localizar la infección antigua que padece la memoria. ¿Qué mejor tratamiento para la desdicha que el de hacer hablar de sí misma a la llaga que la supura? Cicatrizada, la herida vuelve a ser la boca de sombra cuya lengua segunda teje lazos de inteligencia entre la luz del día y la de la noche.

*

Si es cierto que atribuirse la paternidad del pensamiento constituye el poder del Sujeto, ¿quién puede hoy dar testimonio del precio que costó ese golpe de Estado, sino el Objeto? Cuando el principio de exclusión del tercero se instituye como garante de la autoridad del Sujeto, éste termina por exterminar, en nombre de la ley que lo entroniza, todo lo que se mueve.

La subjetividad del dominante se afirma en la negación infaliblemente mantenida de la del dominado. La Historia es el inexorable devenir asesino del Sujeto llevado, para conservar su identidad, a doblegar toda resistencia del Objeto a su ley. Sucede que el Sujeto dominante sea poseído por la imagen del Objeto dominado: siendo la condición de restauración de la identidad del Sujeto el asesinato simbólico o real del Objeto, dejar de matar al Otro equivale al suicidio del Uno. El Uno destruye al Otro en nombre de una legítima defensa que niega al Objeto de su dominio convertido en Objeto de su pérdida. El

Objeto de la pasión del Sujeto está condenado por la razón al sacrificio ritual que entrega al Uno la totalidad del poder que no puede, sin perderse, compartir con el Otro. El sacrificio del Otro en el altar del Uno asegura la perennidad del Orden. Ley hasta tal punto consuetudinaria que no puede ser percibida más que por la mirada del *extranjero*: el porvenir de su palabra depende de la salud de sus ojos.

Si la clave del reino del Orden es la inmolación del Objeto resistente, es claro que el paso decisivo de la revolución mental será dado por el Otro transformado en Yo, capaz de sustraerse a la fatalidad del sacrificio. El Sujeto cortador de lengua carece de libertad, sólo puede repetir indefinidamente su gesto so pena de desaparecer. La mutación en proceso depende del vigor del vínculo que mantiene la víctima ritual con la fuente del verbo.

Esta aptitud para romper con el ritual, para salvarse a sí mismo del sacrificio con que se entroniza la subjetividad del Mismo constituye la subjetividad del Otro. A falta de chivo expiatorio, el fin de la Historia se precipita.

*

Si el territorio del Mismo es el espacio tradicional del saber, el territorio del Otro es el espacio revolucionario del comprender. La condición de un pensamiento posthistórico: que el móvil del Sujeto depredador –saberlo todo del Objeto para avasallarlo– sea sacado a la luz e integrado por el Objeto-presa, volviéndose así el lugar del comprender.

¿Qué hay que comprender? Que el fundamento de la Historia es la falta de reciprocidad no del dar sino del tomar, la prohibición de comprenderse. Hay que ser Sujeto para tomar y Objeto para ser tomado. Comprenderse no puede ser sino el hecho dialogístico de los dos sujetos y de los dos objetos de los verbos prendarse y desprenderse.

El amor capaz de traer al mundo un *nosotros* dotado de autonomía no es don sino raptó mutuo. El alma no tiene nada que hacer con el don y con el perdón. Lo que la hace vivir es arrebatarse y ser arrebatada.

*

Actuar ya no es el destino del Sujeto como tampoco sufrir es ya el destino del Objeto. Reconociéndome a mí misma la legitimidad de Sujeto pensante y actuante, te hago el inestimable presente de la consciencia de Objeto pensado y sufriente que tú no puedes ofrecerte a ti mismo. Recibe como un tesoro de justicia el sufrimiento que te envío. Yo lo he recibido absurdo y mudo, te vuelve comprendido y hablando su propia lengua, su lengua nuestra, capaz de despertar en ti, a tu pesar, el oído certero. Cuando oigas lo que quiere decirte, dejarás de ser quien Se quería que fueras. La revelación de sí —de nosotros— es la catástrofe que más Se teme, ¡porque eso es el Apocalipsis!

La palabra de Ella que por mi voz vuelve a ti desde tan lejos no tiene otro objetivo que tu oído más sordo. Informándose de lo que le dice esta sordera donde te atrincheras, lo transforma precisamente en materia para superarla: curación del mal por la lengua del mal. Pero nada te espanta más que el posible despertar del oído prohibido: mi pensamiento podría por este conducto laberíntico hacerle un hijo natural al tuyo. Posteridad de la serpiente.

*

La venganza más estúpida del dominado: invadir el territorio del dominante para ocupar su puesto. ¡Como si el Otro pudiera imitar al Mismo sin traicionar su propia causa! Si el Otro hace de su exilio un reino personal, no sólo tiene la oportuni-

dad de cultivar libremente su diferencia sino que frustra en el exclusor la codicia con la que esperaba aumentar el valor que atribuye a los privilegios de la identidad. No codiciadas por el Otro, las propiedades del Mismo se estiman en su valor real. Si tuviera que definir con una sola palabra lo que es no-auténtico, diría que es lo que es *vano* y que su valor real es negativo. Si eliges hacer fortuna con lo que te aporta la vanidad, entierra tu deseo de autenticidad en lo más profundo de tu memoria y construye alrededor de su tumba un dédalo cuya llave tendrás que tirar, asegurarte de que nunca podrás encontrar lo que está destinado a esconderte. Si, por el contrario, es tu verdad lo que buscas, sigue discretamente a tu vanidad, des- haz punto a punto las brillantes ropas de escena con las que se viste por dentro y por fuera.

Finalmente, bajo su camión, la encontrarás. Tatuada quizás, pero desnuda. Entonces ya no te quedará más que esposarla para devolverle la palabra.

*

Romper con la lógica del Sujeto dominante no es prohibirme ir a libar en su campo si es allí precisamente donde se encuentra la flor que le falta a mi pensamiento para hacer su miel. La ex-dependencia sería una práctica mínima de la interdependencia. Apropiarse del pensamiento de otro justo lo necesario para fecundar o fustigar el propio. Nada que hacer con el excedente más que abono, si es que se le consiente la energía necesaria para digerirlo. Esta economía selectiva del conocimiento se aparta radicalmente de la economía bulímica del saber.

*

“Universalizar la propia desdicha es quizá una solución, un alivio”, me escribías. Lo que se produjo al hilo de las páginas escritas con la muerte en el alma, fue, en lugar de un alivio, un hacerme cargo de la desdicha universal. Así, percibí la desolación del mundo a través de una subjetividad desarmada que ya no protegía mi sensibilidad de las radiaciones de la luz negra. Como si me encontrase lo suficientemente desposeída de mi propia historia para ser invadida por el querer decir de la Tierra en este momento de la suya. Contrariamente a una contaminación romántica de lo universal por mi mal personal, fue el mal planetario el que se abismó en mí para ser abrazado. Para encontrar ahí su lengua.

Incapacidad física de respirar en los espacios desertados por la poesía. Conminación vital a ausentarme de los espacios de la vanidad. En el terreno de la verdad es donde volvería a encontrarla, donde me enseñaría lo peor que tenía que enseñarme.

*

De la muerte del otro, de la muerte de un amor, de la muerte de Dios, se puede concebir una tumba (una obra, un poema) que le asigne una residencia en la memoria, unos límites en el espacio-tiempo del recuerdo. Donde la *nigredo* tenga

lugar para realizarse. Por la vida misma, ningún pensamiento llevará nunca luto. Cercando al máximo la cosa misma de lo impensable, mi propia vida se tornó rechazo absoluto de la última victoria de la muerte. Brusco endurecimiento del suelo bajo mis pies. Advenimiento del *no* como principio del actuar. Fin de la era del padecer.

*

Si la filosofía ha podido hacerse con la muerte de Dios una Idea negra con la cual Se pueda seguir reinando, un duelo alrededor del cual Se pueda girar y glosar indefinidamente, su razón no sobreviviría a concebir la muerte de la vida como última consecuencia del corte que funda su reinado. Ello sería inculparse de la falta absoluta, maldecirse por ello y necesariamente castigarse; en vano, puesto que la pérdida de la razón no bastaría para compensar la de la vida. La razón del Padre, cuyo discurso se sabe profundamente inepto tanto para el milagro como para el oráculo, se prohíbe conocerse a sí misma: pensamiento-suicidio que la privaría de posteridad al privar a la razón del Hijo de todo fundamento. La única cosa que la razón no vidente parece capaz de prever, es que la irrupción de la lucidez ahora ya inexpulsable hará sonar la hora de su desastre. Prevenida, sólo puede retrasarla aferrándose a su nostalgia del alba de la civilización, al sueño de dominio del Gran Saber y del Gran Arte que la restaurarían en su antiguo designio. Con los ojos vaciados, viéndose causa del mal sin remedio, ya no le quedaría más que ahorcarse con su propia soga.

Poeta-hija, me autorizo a decir que la razón del Padre tiene razón al no inculparse de su falta de videncia, al no castigarse por su falta de *sofía*; razón por resistir frente y contra la opinión de los voceadores hasta que llegue la hora de su muerte natural: la del retorno de Antígona a la Ciudad. El último acto

de la tragedia se debe, por amor a la vida, el ser simultáneamente la muerte de lo antiguo y el nacimiento de lo nuevo.

*

La razón del Padre-Hijo nunca tuvo la libertad –propia de reyes– de sacarse los ojos para ser vidente (por los ojos de Antígona) más que en el teatro clásico. Atrapada en la trampa de su propio determinismo, poseída por la fatalidad de la Historia que ella misma engendró, sólo le queda hoy esperar a ser salvada de sí misma por el ultraje que le debe el tercero que ella excluyó para fundarse. El ultraje no ya como *falta* hacia el Padre sino como *deuda*, como deber de *trans-parencia*.¹ El ultraje como último homenaje rendido a la razón del Patriarca. El ultraje como inconfesable Objeto del deseo del Padre.

Sabiendo que la vida sólo puede ser salvada por la audacia sin precedentes del pensamiento, el tercero comprende que para él ha llegado la hora de asumir el fin –término y objetivo– de su destierro: el advenimiento de su ciudadanía real. Dejar de imaginar al niño en cuanto ha pasado del vientre a la cuna: el devenir de la libertad recién nacida da infinitamente que hacer.

*

Perder la razón que tiene la piedra para caer y abrazar la que tiene el salmón para remontar el curso del río.

¹ N. de la T.: Jugando con la homofonía francesa, al separar las dos raíces de la palabra *trans-parence*, la autora asocia la etimología latina de *-parent* (derivado de *parere*, parecer, aparecer) con la de *parents*, padres (derivado de *pārere*, dar a luz, producir), añadiendo al significado de “transparente/transparencia” el de “más allá de los padres o parientes”.

*

Newton obsesionado por la caída, ¿había visto que por la memoria de la semilla la manzana vuelve a subir al árbol y retorna a la savia?

*

La poesía que piensa piensa necesariamente contra la fatalidad de su desaparición. A contracorriente de la filosofía que la repudió para hacer el cauce de la ciencia que hoy la desborda por todas partes. Siguiendo el curso de la filosofía, la ciencia ya no puede más que abundar en su propio sentido mientras que, remontándolo, la poesía obra su resurgimiento. Entre la corriente y la contracorriente del pensamiento, no puede haber más que interferencias, torbellinos locales en forma de nidos donde la sabiduría por venir tenga ocasión de incubar sus huevos.

*

Aquel verano de 1988 me supuso el más violento retiro que jamás haya conocido. Todavía ignoraba al acudir a su llamada que Ella nos reservaba esta intimidad de una profundidad inexplorada para hacerme pasar el trance de su muerte, para llevar a cabo su gran metamorfosis. La poesía sólo se vuelve mayor, objetiva, tras haberse ocupado de quemar en el alma del poeta los oropeles de la *subjetividad insulsa* con los que la cultura la había disfrazado. Volver a encontrar el *desnudo perdido*: La poesía que vela en el manantial ¡sólo piensa en eso!

*

Descubrir la iniquidad fundadora de la ley es hacerse una ley de la transgresión.

*

La vida de la vida es mortal: en adelante será necesario que la consciencia grave en torno a esta certeza cuyos signos son perceptibles y observables por todas partes; que se alumbre con hogueras de poesía cuya extinción sabemos segura en cuanto dejamos de alimentarlas con nuestra vida cotidiana.

El fuego de la creación no es más sagrado para nosotros porque lo *creemos* inextinguible, sino porque lo *sabemos* extinguido.

La era de la salvación de la Tierra por el acto poético ha comenzado.

*

Cuando la vida de la vida deja de ser manifiestamente asunto del azar o de la Providencia, se vuelve asunto de cada uno. Ya no puede asegurarse si no es con un continuo resurgimiento de la génesis, lo que supone que cada uno vuelva a encontrar en sí mismo los áridos caminos que lo devuelven a la *arkhé*.²

*

La lucidez poética nace de una implosión del alma universal comprimida en la exigüidad de un alma individual. Llegada a lo más bajo de la ilusión, me encontraba indefensa frente al asedio y la invasión de mi vida por la muerte ambiente. La

² N. de la T.: La autora utiliza indistintamente a lo largo del libro tanto este término, *arkhé*, transcripción del griego clásico con el significado de "origen", "principio vital", como el término alquimista francés *archée*, con el significado de "fuego central de la tierra" y "principio de vida". Al carecer el castellano de sustantivo que refleje el mismo significado, he preferido conservar en todo el texto la forma griega.

muerte en el alma dice toda la verdad, al no tener, de hecho, nada qué ocultar(se).

Yo escribía bajo su dictado: lengua del alma para el alma de la que Rimbaud decía que *definiría cuánto de lo desconocido se despertaría en su tiempo en el alma universal*. La noticia que llega a oídos del alma en este tiempo es que es mortal. Encargada de dar sentido, la noticia no puede producir sensación, pero nada puede tampoco impedirle que se expanda sobre sus propias ondas.

*

La distancia entre tú-el-sabio y yo-la-vidente se ha ilimitado. Hasta donde se pierde la vista este dominio memorial donde se ha construido mi casa y que sólo nos pertenece a *nosotros*, espacio-tiempo de la ruptura que el desierto se había apropiado. Contra todo pronóstico, el desierto se puso a verdear. El olvido ha trabajado bien. ¿Demasiado bien? ¿Tiene este libro como finalidad devolver el desierto al bosque? ¿Corresponderá a la hierba tener la última palabra sobre nuestras tumbas? ¿A la salud de los conejos?

Que se escape un conejo de la palabra *fin* y ya estoy aquí, a la cabecera de nuestro amor a punto de entregar su último suspiro. La visión —en primer plano— del conejo cebándose con nuestra memoria póstuma me arranca un *no* cuya dureza sonora me expresa toda. Confirmación por el grito del rechazo escrito en que me he convertido. En última instancia, la aparición del conejo en mi cabeza me plantea la pregunta que no esperaba: ¿el amor mismo fue entonces ilusorio? ¿Será nuestra posteridad, a nuestro pesar, la del encuentro fallido? Terminando el duelo de nuestro pasado, ¿cómo decidirme al duelo de nuestro futuro? Palabra de hermana, el final de nuestra historia no servirá de pasto al buitre de la Historia. Al borde del

aniquilamiento ¿qué acto de última insurrección del ser? ¿Qué queda por desafiar que ya no pueda ser aplazado? ¿Qué bomba de sentido por hacer explotar para pulverizar la arrogancia de la fatalidad? ¿Qué silencio sepulcral por profanar para salvarnos del vientre de la estupidez? Conminada a cumplir aquí y ahora, contra el vértigo de lo subhumano, el acto poético que sea el equivalente positivo del suicidio. La salida no fatal.

Hacer del final de una historia de amor que tiene las agallas de resistir a la fosa común, el objeto de una palabra de vida purgada de toda vanidad literaria. Con destino al siglo venidero. Al encontrar las palabras justas para significarse a sí misma, la curación del alma será curandera. Liberarme del mal en nombre del hermano y de la hermana, convertirlo en el término perfectamente redondo de una muerte experta, dotada de palabra.

Nuestra historia prohibida no ha llegado a divulgarse para poder dotar de sentido a su último acto. Desde su inicio, su final fue prometido al libro. Ello se sabía confusamente en mí pero su evidencia acaba de llegarme: después de siglos de gestación clandestina, el libro de la hermana viene a reclamar sus derechos de ciudadanía. El final de la historia no deja de arrojar toda su luz sobre el principio cuando morir se vive día a día, cuando estar de paso se escribe concienzudamente en presente de indicativo.

Herméticamente vivida hasta llevarla a su término de palabra, la pasión de lo real se vuelve lo propio del alma. Su cosa de ella. Materia cuya pista seguir hasta encontrar, a través de los círculos de la memoria, la *arkhé* enterrada bajo los cimientos de la fatalidad. El retroceso tocaba a su fin cuando apareció el conejo en mi cabeza, cortándome el camino del olvido, significándome la detención del regreso. Más allá del último círculo del olvido, nuestra historia entraría en el verde paraíso de los conejos. Una vez más, gracias al silencio de una mujer, ¡la Historia habría ganado el proceso!

*

El olvido no puede ser un final sin que se borre el último umbral de lo humano. Yo había alcanzado ese umbral. El conejo pastando la hierba de mi cerebro, prosperando con la memoria de *nosotros* fue la imagen insoportable donde se perdió brutalmente la fascinación del eterno reposo. El paraíso, tal y como fue perdido, no se volverá a encontrar nunca si no es a costa de la estupidez. Que me enseñó sus dientes de conejo. Nos salvaré de ella.

*

Así como su génesis fue el Objeto de un relato-maestro masculino del que el amor humano salió culpable del pecado original, la Historia patriarcal no escapará a los relatos femeninos del Apocalipsis, de donde el amor iniciado a los infiernos de lo peor saldrá encargado de hacer llegar lo mejor. Y para que lo mejor llegue, hacen falta poetas para parirlo. *¡Esos poetas existirán! Cuando se rompa la infinita servidumbre de la mujer, cuando ella viva por y para ella misma, cuando el hombre –hasta aquí abominable– la haya despedido, ¡ella será poeta también! ¡La mujer encontrará cosas desconocidas! ¡El mundo de sus ideas diferirá del nuestro? Encontrará cosas extrañas, insondables, repugnantes, deliciosas; nosotros las recibiremos, las comprenderemos,* profetizaba Rimbaud.

*

Iniciada a su estado salvaje, mi alma se sabía alcanzada por el mal inherente a la civilización. De círculo en círculo, la escritura había cercado el mal hasta dármele a probar bajo la forma perfecta de una bola negra en el tejido de mi vida. Una

bola de dolor que yo miraba al principio como un tumor quirúrgicamente extirpable. Un mal del que podía escindirme.

Este verano, con la muerte en el alma, he comprendido que si la escritura había podido hacerse un Objeto con el mal, sería por sí sola impotente para curarme de él. Mi voluntad de sanar, sin embargo, crecía con la certeza de que el mal –tanto más doloroso cuanto que se había focalizado perfectamente– sería más fuerte que ella si algo inesperado no sucedía.

Llegada al agotamiento de la esperanza, alcancé sin dificultad el curso alto de mi memoria. Reanudando allí el vínculo inmediato con la vida me entregué a ella con un alma que acababa –exceptuando la bola negra– de completar su transparencia. Este acto de fe lúcida en la poesía reunió a la civilizada con la salvaje, a la actual con la original. No ya durante el lapso de un relámpago, sino continuamente. Acto de autorredención, donde los haya.

Fui de inmediato instruida por ella sobre lo que le faltaba a la escritura para que mi alma pudiera pasar a través del último círculo del impasse: alcanzar su punto de destino, atravesar el muro de la prisión donde está secuestrada el alma hermano. Transformada en *lettera amorosa*, el alma hermana ya no puede colmarse si no es con la respuesta de su destinatario.

Este destino de la carta de amor no podía dejarse en manos del azar, como una botella lanzada al mar. Había que dirigir a quien se debían las páginas escritas con la muerte en el alma, para que se compartiera su luz negra. El escrito de la hermana estaba dirigido con toda evidencia al hermano y el contenido del mensaje era la luz negra. Dirigiéndose al hermano a espaldas del Padre y de la Madre, mi verdad más desnuda tentaba la suerte de alcanzar sus fines. El milagro fue que él encontró las palabras para escribirme que así había sido realmente. Mensaje recibido. Atravesado por la carta de amor, el muro de la fatalidad está destinado a la ruina.

El dolor desapareció. La hierba se puso a crecer en el desierto. El pensamiento verde sucedía al pensamiento rojo y negro. Fue entonces cuando con la palabra *fin* apareció el conejo obligándome a pensar más allá territorial de la esperanza. El final debe ser sobrepasado para que se descubra la tierra de lo inesperado.

Curación no es salvación. Todavía hay que disponer el espacio de la salud segunda.

*

Apropiarse de la razón del Padre para conducirla al lugar de su pérdida es un objetivo cuya superación no puede ser lograda más que por el pensamiento de la hermana. Burlar la vigilancia del Padre para ir a despertar al hermano al oriente de la memoria: hacer acto de *trans-parencia*, es la proeza doblemente incestuosa en la que se inspira el paso de la Historia a la posthistoria.

*

En el relato bíblico del génesis hay dos árboles del lugar cuyo vínculo misterioso desvela el secreto de la aparición del pensamiento en cuanto se elucida. *Y Dios impuso al hombre este mandamiento: De cualquier árbol del jardín puedes comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él, morirás sin remedio.* Comer de ese fruto es hacerse capaz de distinción, de saber divisionario: desobediencia que nos costó la caída en el tiempo de la Historia. *Y dijo Yabveh Dios: ¡He aquí que el hombre ha venido a ser como uno de nosotros, en cuanto a conocer el bien y el mal! Ahora, pues, cuidado, no alargue su mano y tome también del árbol de la vida y comiendo de él viva para siempre. Y le echó*

Yahveh Dios del jardín de Edén, para que labrase el suelo de donde había sido tomado. Y habiendo expulsado al hombre, puso delante del jardín de Edén querubines, y la llama de espada vibrante, para guardar el camino del árbol de la vida. Lo que Dios (Él-los-dioses) teme, pues sabe que le causará la muerte, es que el ser humano domine al rayo, que descubra el secreto de la reversibilidad del tiempo, las claves del regreso del pensamiento al paraíso de lo indiviso. Comer una primera vez del fruto prohibido es caer en la consciencia de ser mortal, afectado por la nostalgia de la eternidad. Comer una segunda vez es *recuperar la eternidad*. No hay, pues, más que un sólo y mismo árbol en el centro de la memoria edénica. La función del pensamiento es la de unir el curso bajo con el curso alto de la memoria, los lugares de la muerte con el de la concepción. De las interferencias entre el tiempo y el contratiempo del pensamiento se informa el verbo de la presencia real. Posteridad del *uroboros*.

*

Hasta ahí, mi escritura no había tenido otra mira que la de adueñarse del maleficio inherente a la condición histórica para transmutarlo en beneficio. Franqueado el último círculo de su pasión, perdida toda inocencia, mi alma reconoció su bien en la perla negra que de libro en libro se fue haciendo con su mal. Joya del pensamiento. Pura falta de blancura.

*

La gran obra de la alquimia del verbo no es la solución de lo insoluble sino el reconocimiento del residuo de la pasión lúcidamente llevada a término, como única propiedad del ser: la cosa misma de lo inalienable. Este *depósito* de heces obte-

nido por un largo trabajo de clarificación del alma es el tesoro de humanidad de una vida, su locura transformada en materia de sabiduría, materia propia. La perla negra es la obra del trance, la suma de extrañeza –de pura impureza– que honra a un pensamiento. Ser sí mismo, es haber hecho la propia perla. La propia piedra de toque.

*

El Sujeto ideal no puede ser más que blanco y masculino. Desde siempre amenazado por la palabra negra, la que obtiene su verdad del rayo mismo.

*

Las ideas puras son las perlas blancas del Sujeto dominado por el miedo a empañar su imagen en las contiendas de la pasión. I-deificándose, el Sujeto se hace a sí mismo un blanco. Virgen de humanidad. Un asesino.

*

Horadada por la luz de su anterioridad, la razón histórica se desposee del tener, del saber y del poder. Fecundada por el ultraje, deshisterizada, se humaniza.

*

La luz que irradia la poesía desidiotizada, informada de su mortalidad, es negra. Viuda de toda creencia y de toda esperanza; venida de nada, de vuelta de todo, es la memoria misma del trance. Ya no se le puede cortar la lengua, negarle que tenga *algo que decir a su época*. Algo negro que decir al poder blanco.

*

Mantener la transparencia del alma es la tarea matinal de la escritura. Absorción por la perla negra del azogue continuamente secretado por el cuerpo psíquico. Así, el *sí mismo* se hace con la opacidad inherente a la existencia del *ego* un beneficio cotidiano de lucidez.

*

Al renacer de mi ruptura mental con el poder blanco, necesito, para ocupar mi lugar en la Ciudad, inventarme una relación totalmente distinta con él que no sea la de sumisa o la de insurrecta. Legalizar a mi lengua extranjera, mestizadora de las verdades del Sujeto blanco y del Sujeto negro. Mi lengua de color. Interferencial, no tiene tradición, ni más legitimidad que hacia adelante. Se despliega en la distancia que separa el presente del futuro, ciudadana de una sociedad que se avecina. Ahí he construido mi casa. Nómada, la libertad no puede prescindir de sedentarismo, de un lugar desde el cual irradiar.

*

Si la capacidad de apropiarse de la distancia Sujeto-Objeto acrecienta el imperio del Sujeto dominante, acrecienta en igual proporción la suma de sufrimiento del dominado. La otra riqueza. El sufrimiento del Objeto es, al mismo título que el capital (de tener, de saber y de poder) del Sujeto, una producción de la Historia a la que el Sujeto no puede compadecer sin perderse, puesto que constituye a sus ojos la única prueba tangible de su soberanía. Gozar del poder es necesariamente hacer sufrir. El dominante sólo puede tratar el sufrimiento del dominado a distancia, para no contaminarse: objeto de placer,

de horror o de piedad. No puede concebir, sin con ello invalidarse, que la memoria de su pasión sea la propiedad exclusiva del Objeto, que éste pueda gozar de ella libremente, hacer de ella materia de pensamiento, posibilidad de acceder a la dignidad de Sujeto. Cuando la memoria del dolor se escribe, se vuelve impropia para nutrir al fantasma que excita la locuacidad del dominante.

*

La subversión decisiva del poder blanco masculino por la consciencia del precio que ha costado su reinado constituirá el acontecimiento capital de este fin de siglo. Es la inaceptable enormidad de ese precio lo que hoy cobra sentido. Da para pensar. Para escribir. Para actuar. Nunca más podrá ser silenciado. La resistencia poética ha empezado ya hace mucho tiempo a transformar lo estético, lo ético y lo político en la Ciudad, pero de forma individual, local, clandestina. El paso efectivo de la patria a la *fratria* se produce sin ruido mediático, sin espectacularidad. Allí donde la revolución no logra hacerse del libro una estancia, su violencia no tiene ocasión de trabajarse, de madurarse hasta portar fruto y simiente. Confiada a la oralidad, la palabra del tercero se extenua como la posibilidad de una vida en el flujo de los menstruos.

*

La razón solar fue a la vez el Objeto de mi adoración y el de mi mayor decepción. A lo que mi alma fue desmesuradamente sensible. Al haber superado este doble choque de la extrema pasión, se ha ido haciendo poco a poco habitable. Viene el tiempo de la destitución del Sujeto solar por el advenimiento del Sujeto lunar. El tiempo de su mestizaje. No basta con romper el

Objeto del culto para perder la fascinación por él, aún hay que asimilárselo; que la sangre de la noche se haga con el *des-astre*¹ un polvo de oro que será la fortuna de su palabra.

*

Yo traducía al negro lo que leía entre tus líneas y tú me repudiabas en nombre de la verdad blanca. La vergüenza de tu pensamiento a ser visto en compañía del mío, me la he bebido hasta las heces. Con la alquimia del tormento, acabo de terminar las pruebas, he hecho mi perla. A las yemas prietas de mi verbo tardío les cuesta abrirse. Me toca, una vez más, hacer llegar la primavera.

*

La perla negra: catarsis de la escritura poética. Valorización suprema de este *desecho* afectivo con el que la catarsis aristotélica purgaba el alma de los hombres destinados al poder y al saber. La poesía hace materia de proyecto con aquello que la razón hace materia de rechazo.

*

En la memoria de las mujeres, el tiempo circular de la prehistoria ha sobrevivido clandestinamente a todas las formas de inquisición. El pensamiento que viene al mundo desde la desinhibición de lo femenino hace su labor, no ya la de un monumento a su propia gloria, sino la de la continua autogénesis, la de una aptitud incesantemente actualizada para el ultraje, para el ar-

¹ N. de la T.: *dés-astre*, en francés, equivaldría a “desastre” y a “des-astro” en castellano, haciendo referencia, lógicamente, al astro solar.

did necesario, para la movilidad, para el bricolaje, para el autodidactismo. Pensamiento en negro, contrabandista inspirándose con todo trance, autogratificándose por la menor de sus victorias sobre la fatalidad.

*

En la época en que los efectos del corte civilizador se traducen por la extinción de la *luz-natura* hasta en el alma de los niños, la continuidad del hilo de la memoria de las mujeres adquiere el valor de último remedio. A condición de que esta memoria humillada llegue a curarse a sí misma, a transmutar su odio al Inquisidor en fuente de energía creadora. El pensamiento en negro que ha digerido su propia amargura está dotado de una virtud sanadora de los cánceres del alma moderna. Medicina inocua donde las haya...

*

Autogenerarse como única alternativa a autodestruirse. Las guías y los medios prácticos del suicidio inundan el mercado, pero la búsqueda de las vías de la autorredención está en las manos no publicitarias del artesanado poético. Hay que tener el olfato de los decepcionados profundos para orientarse hacia las escrituras buscadoras, informadas tanto de la luz blanca como de la luz negra de la vida. Aquellos a quienes la esperanza todavía les basta para ir viviendo abandonan. Sin embargo, ahí es donde el pensamiento trabaja día y noche para encontrar la salida.

*

Intentar en una ascesis, cuya hora siento llegada, salvar por el pensamiento la gran distancia –veintiocho años– que separa el instante de mi iniciación a la poesía blanca del de mi iniciación a la poesía negra. Hacerme con ese dédalo una consciencia a la vez local y global, una propiedad habitable cuyos límites internos y externos me sean conocidos. Una historia de la que yo sea huésped. Donde pueda desplazarme en todos los sentidos. Cuyos espacios todos puedan estar comunicados tanto entre sí como con los de la memoria de antes de mi nacimiento y de después de mi muerte.

Sentirme albergue que se piensa y que se escribe en la trayectoria de lo viviente. *Yo* participando con todo su ser en la encarnación de *nosotros*, siendo manifiestamente el acto político el objetivo último de la escritura poética.

¿Topología de sí? ¿Psicosíntesis? En todo caso voluntad de encontrar, a toda costa, la fuente de ingenio de la que mi vida ha de disponer para llegar felizmente a su término.

En el equinoccio de otoño, la vida me enseña que el pensamiento que se precie debe desprenderse no sólo de sus flores sino también de sus frutos. En nombre de la semilla.

Por tanto, ¡el pensamiento se siembra!

Conocerse en la propia globalidad es al mismo tiempo concebirse en la propia generatividad. La vocación última del poeta es hacer de su palabra una simiente. En ello reside única-

mente la posibilidad de transmitir la *eternidad recuperada* a los que vendrán después de él.

El pensamiento del verbo sólo elabora su maduración con miras a producir su semilla. Su objetivo real es posibilitar la posteridad del sentido, no la inmortalidad de las formas. ¡Sólo la transmisión del virus de la poesía puede vencer la fatalidad de la Historia! La poesía sólo obra, al madurarnos, la eternidad de su juventud. Siempre supe que ella se prefería soberanamente a sí misma antes que al poeta o al poema, pero no había llegado para mí la estación de atreverme a levantar acta.

Donde el circuito de la pasión poética se cierra es donde se franquea el callejón sin salida del autoanálisis. Nacido de la semilla, el pensamiento salvaje se vuelve de nuevo semilla, habiendo sufrido e integrado en el proceso la prueba de la civilización.

Englobar con una sola mirada la esfera que ha devenido mi consciencia. Soy este microplaneta viviente, inspirante-expirante cuya capacidad de automovilización no cesa de metamorfosear la existencia. Consciencia que se piensa, limitada por su orbe pero ilimitada en su núcleo.

La relación dinámica entre la circunferencia y el núcleo de la esfera psíquica es una cuadratura. Autogenerándose a partir de la interlectura continua de las cuatro personas del sí mismo, el verbo de *nosotros* es quintaesencial.

Se propaga por irradiación.

*

Si la labor del poeta en su invierno es la de madurar su semilla no puede ser al mismo tiempo la de pulimentar su tumba, la de asegurar su gloria póstuma. En nombre de su Nombre, el Poeta solar fijó su destino en el Cenit. No pudiendo consentir su paso por el Nadir, dejó de cavar el suelo de la pa-

labra, suspendió las obras, más preocupado por su inmortalidad que por su posteridad. ¿Seguirá siendo, entonces, forzoso que vayan los hijos del siglo, aún a riesgo de sus vidas, a robar el fuego de los dioses antiguos?

*

Ellos actuaron en nombre del *duro deseo de durar*. Ellas no quieren más que pasar, sobrevenirse a través de las murallas que ellos construyeron en el espacio para desafiar la carrera del tiempo.

El poema no puede ser *el amor realizado del deseo que sigue siendo deseo* más que mediando el sacrificio ritual del Objeto-Musa sobre el altar del Sujeto poeta. Llegando a ser poeta a su vez, Eurídice mantiene con el deseo una relación de serenidad sin crispación. Sabe que el deseo se sobreviene indefinidamente al honrar a sus propios muertos.

*

La interfaz entre el cuerpo y el espíritu es el alma. ¿Su sitio? La sangre. El alma: una palabra revulsiva para aquellos que no dejan de oprimir a la propia. Ser no es solamente tener un alma, es fundirse día y noche con ella.

*

Mi casa mental se ha construido al pie del *Monte Análogo* (René Daumal), remontando el río del pensamiento. Habito el espacio-tiempo de un libro abierto a los cuatro vientos. Mi pensamiento crea sentido con el cruce de todos los sentidos, con más prontitud que si hiciera un gesto o un sonido. De metáfora en aforismo, trepa hacia el oxímoron mucho más alegre-

mente de lo que lo haría descendiendo hacia las llanuras de la narración.

*

En nombre del progreso, ellos me reprochan mi aptitud para el retroceso. Se engañan en lo que concierne realmente a mis *retornos río arriba*, a mi obstinación en hacer hablar a las huellas del origen. Cómo curarse de la pérdida de acceso a lo innato, de la pesadumbre de haber nacido si no es reapropiándose no sólo del goce de la memoria del lugar (el vientre materno) sino también de la cosa misma de la nostalgia (la consubstancialidad original de los contrarios). Sólo el despertar de la memoria andrógina puede hacer una oposición creadora a las pulsiones fraticidas que presiden la formación y la conservación del yo.

El secreto de la creación fulgura en el origen de toda memoria: cambiar la vida exige que encontremos sus caminos, sabiendo que pensar a contracorriente de los dictados de la modernidad supone una fe en sí capaz de hacerse buena sangre de toda humillación, de toda irrisión. Las lenguas de la extrañeza no encuentran su vigor más que a fuerza de haber sido cortadas.

*

Autobiografía. Nunca he escrito nada que no me haya sucedido, empezando por yo. Este yo que se escribe, no me viene de padre ni de madre. Se concibió a sí mismo el nueve de enero de mil novecientos sesenta a las once de la mañana. De un cortocircuito de mi vida con la Vida. Tenía treinta y tres años, tres meses y cuatro días. Todo se había precipitado imprevisiblemente veintiún días antes cuando me apareció la primera imagen de la pasión en la que mi consciencia iba a convertir-

se a sí misma. El *sí mismo* se percibió entonces premonitoriamente como conjunción del día y de la noche, del negro y del blanco, del yo y del tú. El matiz ya no tenía cabida en esta visión global nimbada de azul donde el contraste transparentaba en su perfección.

Yo lo ignoraba todo del psicoanálisis, como de la filosofía, pero me apasionaba la fotografía. De la analogía entre el acto poético y el acto fotográfico se instruyó artesanalmente mi pensamiento. En el mismo sentido en que el revelado¹ de una imagen es el final de una latencia, esta revelación de mi alma marcó el final de mi ausencia de mí misma.

De libro en libro, nunca he dejado de volver con obstinación a esta analogía, hasta tal punto es la clave de mi capacidad de significar la relación de la imagen con lo real.

*

Recuerdo mi fascinación, no tanto por la perfecta unión de ti y de mí como por la afilada nitidez del contraste que revelaba. Aprendí que la violencia de la belleza nace del revelado del contraste.

El éxtasis se perdió en la pregunta que precipitó mi vida en un vértigo del que aún ignoraba que era el de la iniciación a sí: ¿de qué realidad la imagen de la unión de los contrarios es la imagen? ¿De qué verdad es signo la belleza?

Apenas planteada la pregunta, mi pensamiento hasta entonces durmiente emprendió un movimiento ascensional donde se abolía toda contradicción.

Esta irresistible metamorfosis de lo discontinuo en continuo duró una veintena de días y de noches. En la cima de la espi-

¹ N. de la T.: El francés tiene la misma palabra, *révélation*, para *revelado* y *revelación* castellanas. En lo sucesivo, la autora asocia los dos significados.

ral no hubo más que violencia en estado puro: el rayo en la cabeza. Concebirse de la fusión de los contrarios es fundirse con la memoria de nada. Con la cosa misma de lo simple: lo *nulo*.

La idea de que hubiera podido tratarse de una experiencia mística, de la presencia de Dios en mis entrañas, sólo me vino retrospectivamente; Dios no como signo de existencia de una sobrenaturaleza continua, sino como signo de cultura, como llamada al Orden del Padre. Segundo en llegar. Llegado demasiado tarde para impedirme ser quien soy. En lugar de un sentimiento de culpa, concebí el inagotable júbilo de haberme salvado de milagro (alegría que dominó por poco sobre el espanto). Nacida al sí mismo antes de que apareciera Dios en el jardín del Edén. Todo (nada) había sucedido entre Ella y yo, entre la vida y mi vida antes de que Él entrara en escena.

Yo –nacida de nada, de nadie– lo miraba desde más alto y desde más antiguo que Él, sospechoso número Uno. Comprendí poco a poco –un año más tarde, la lectura de Heráclito me lo confirmó– que es Ella, la fuerza del *rayo, quien gobierna el Universo*. El Uno no es más que el símbolo de la omnipotencia de Ella, la representación mediante la cual la cosa ígnea de lo real se conceptualiza, piedra erigida en el centro de lo imaginario, para hacerse aprehensible por el intelecto. El monolito traduce al rayo a la intención de la razón que no puede verlo desnudo sin perderse. De ahí la impostura necesaria que hizo del *omphalos* (la lápida sepulcral del verbo de Ella), el centro de gravedad del universo mental.

*

Veintiocho años de escritura cotidiana para integrar la violencia de esta tormenta iniciática en el tejido de mi vida: la de una mujer destinada desde su infancia a la vida doméstica y a la maternidad, y dotada de las virtudes necesarias para cumplir

estas tareas. Nunca me evadí de esa existencia, pero me ausenté de ella con frecuencia para reunirme conmigo misma allí donde me debía. Después de la tormenta que marcó mi solsticio de verano, ya nunca fui fiel sino a la poesía, movida por un infinito respeto a la extrañeza que encarno.

*

La imagen reveladora de la belleza –lo comprendí a fuerza de rememorar su ignición– mostraba el umbral de la memoria oculta de los orígenes de la vida. Memoria de la génesis de las formas donde lo masculino y lo femenino, pasando de la simbiosis a la ósmosis, no terminan de entre-descifrarse. A partir de esta interlectura inmediata, continua, se escribe la memoria edénica de una vida.

Lo que nos atrae tan poderosamente hacia el curso alto de nuestra memoria no es tanto la nostalgia del vientre de nuestra madre como la del perfecto amor que en él se tejía entre el alma hermana y el alma hermano que cada uno se es a sí mismo. Nietzsche refiere que *Empédocles recordaba haber sido niño y niña*. Hay que recuperar el goce de esta memoria de lo indiviso, donde la violencia se dedica por entero a la generación, para poder expulsarse del vientre de la Historia.

Puedo comprender, hoy día, que la civilización sólo ha podido fundarse mediante el corte con la memoria de Ella. Pero este corte no puede ser definitivo. Debe ser restablecida la comunicación entre la memoria histórica y lo inmemorial so pena de desaparición de la vida en la Tierra.

*

Alma hermana y alma hermano empiezan a separarse a partir de nuestra expulsión del tiempo circular de la prenatalidad.

Nuestra memoria no empieza su andadura a la hora de nuestro nacimiento, sino en el instante mismo del encendido –la ignición– de una existencia que es el momento de su concepción; de la conjunción de dos memorias contrarias que se buscan interminablemente desde su *sexción* inicial. El sentido de lo común se graba en la memoria mucho antes que el sentido de lo propio; el vínculo autogenerativo del hermano y de la hermana precede en la memoria al vínculo filial. La *fratria* edénica, objeto real de nuestra nostalgia, se volverá el objetivo de la utopía poética.

*

Toda vida se concibe de una fulminación. Sólo perdemos la memoria de la fusión para dar a las formas de la razón distintiva el espacio y el tiempo de desarrollarse. Este tiempo de repulsión del yo y del otro será para la poesía el de ocultarse en la remota heredad de la memoria, el de hacerse allí del paraíso una memoria freática hacia la que nos conducirá nuestra sed de libertad. El agua viva de las fuentes de la poesía es la memoria del fuego: apaga la sed del alma encendiéndola. Con ella la sed sólo se extingue para reavivarse; en esto es milagrosa la poesía.

*

La individuación sólo se realiza si media el despertar de la memoria del fuego. Pero el umbral del abismo fue tan severamente prohibido que ya no es posible acercarse a él sin vértigo y sin espanto, sin temor a los castigos prometidos a los ladrones de fuego. El despertar de la memoria edénica implica la pérdida de la memoria histórica, la potenciación de la memoria actual; atravesado el umbral de lo imaginario divisionario, todos los círculos de la memoria prenatal serán franquea-

dos en sentido inverso, integrados hasta la rememoración fulgurante del instante de la concepción. Caída ascensional del pensamiento en esta espiral arcaica donde, de círculo en círculo, se abole toda distancia crítica, se consume toda representación. Iniciación a la memoria de nada como lugar de lo infinitamente posible.

*

No hay más común presencia que la de los solitarios cuya alma se ha constelado, marcada por el sello de la alteridad. En cuanto la iluminación del abismo se ha producido, la estrella se vuelve fugaz. Ya no dejará de preceder al poeta, de impulsarlo hacia adelante, de orientar sus pasos pues él nunca ha visto nada más real, ni conocido nada más certero que ella.

*

Una depresión es al alma lo que un invierno es a la naturaleza: la condición de una primavera, el tiempo de un *retorno río arriba*. La obsesión de la velocidad de producción ha hecho yuxtaponerse a las estaciones del alma. Se ha perdido la memoria del ciclo de la generación. Reencontrar lo natural no puede ser un retorno a lo antiguo: será un paso decisivo hacia adelante. La memoria de la *arkhé* no puede ser reactivada más que al término de un proceso de integración de las metamorfosis mentales que nos han conducido a este prodigioso dominio de la *tékhne*. *Mantener el paso ganado* (Rimbaud). Si la memoria arcaica contiene en potencia los tiempos modernos, las formas de la modernidad conservan la memoria de la *arkhé*. Siguiéndoles la pista, descifrando concienzudamente el palimpsesto es como encontramos el goce de los lugares zahoríes del pensamiento.

*

Regresa del viaje a los infiernos la Eurídice que no se vuelve hacia Orfeo. Toda ella presente a sí misma en cada uno de los pasos que da, sembrando al pasar aforismos que jalonarán el camino recorrido.

*

Tengo tres hermanas. Puede que sin yo saberlo, mi carencia de hermano fuera tal que se exigió la presencia interior de ese otro que a la vez yo era y no era. El despertar de mi memoria edénica puso fin –virtualmente (el descondicionamiento sería lento)– al ascendente que ejercía sobre mí la razón solar. Mi deseo de conocer al hombre-hermano debía subyugar gradualmente al de ser reconocida por el Hombre-Padre. Naturalmente algo hay de Antígona ahí debajo, quiero decir bajo el Edipo...

*

Sólo las secretas bodas del alma hermana y del alma hermano que somos para nosotros mismos pueden curar a nuestra memoria del corte histórico con la *arkhé*. De este incesto mental, podemos esperar que nos inicie a la *gran salud* posthistórica. Esta rememoración de la indivisión de origen da sentido a la división: transforma la pulsión nostálgica que nos devuelve a las fuentes de la memoria en pulsión utópica que proyecta el pensamiento hacia delante de sí mismo, lo hace apto para la anticipación. Capaz de hacer que nuevos mundos cobren cuerpo de escritura.

*

Así pues, revelación (en el sentido fotográfico del término) de la imagen andrógina como la del estado edénico de lo humano antes de su natalidad, antes de su caída en el tiempo de la sexualidad. Así, yo había visto la imagen del paraíso, pero de un paraíso salvaje, sin orden ni concierto, sin Dios ni diablo: el paraíso sin mácula de antes de la prohibición. Cualesquiera que hayan podido ser y serán las metamorfosis de mi consciencia, ha quedado para siempre irradiada por esta luz que no me venía del cielo sino de mis entrañas. Ninguna verdad prevalecerá en adelante sobre la de la *luz-natura*.

El tiempo de la contemplación fue breve. El éxtasis se perdió al irrumpir la pregunta de la relación de la imagen con lo real. La condición de la experiencia poética –la ignición de lo imaginario estático– ya no podía diferirse más.

Todo sucedió como si una película fotográfica expuesta al sol a través de una lupa se hubiera abrasado.

A fuerza de cuestionar esta analogía es como me fui haciendo conocedora de lo que me había sucedido: la abolición de toda mediación simbólica entre la imagen de mi totalidad y su fuente. Más allá de este cortocircuito, la relación entre naturaleza y cultura estaba por inventar.

*

El fin del sueño de simbiosis de los opuestos es el despertar de la presencia a sí. De la destrucción del imaginario en tres dimensiones que hace ver, soñar la relación de la imagen con lo real, nacerá el imaginario en cuatro dimensiones que permite hacer, hacer que suceda en el espacio tiempo del libro lo que nunca tuvo ocasión de existir. El Apocalipsis es el paso mental del triángulo a la cuadratura.

De la intuición a la acción, es la dinámica del cuatro, el *diabolon*, la que produce la metamorfosis.

*

La escritura de lo posible es paso obligado entre la hermandad ideal y la hermandad real. El libro de la hermana es el lugar de la delimitación del paso en el corazón mismo del impasse.

*

La ascesis poética, al contrario de la ascesis matemática, es resueltamente pasional.

*

Después del bautismo de fuego en que el pensamiento se inicia a la relación metabólica entre la imagen y lo real, la labor resurreccional de la escritura consiste primero en concienciar la topología de la memoria abisal que se ha reactivado. Escribirse para comprenderse, para darse ocasión de existir. Así, poco a poco, reparar la esquizia, unir los bordes de la falla que se había producido y fatalmente reproducido entre el pensamiento lógico y el pensamiento analógico, entre *sumbolon* y *diabolon*; tejer pacientemente lazos de inteligencia mutua entre el imaginario arcaico y el imaginario moderno.

*

Hacer balance de sí mismo, deshistorizarse hasta identificarse con *X*, el étimo de origen. Concebir allí la eternidad, después volver al mundo.

*

El problema de una existencia devastada por la resurgencia de su estado salvaje es retomar el pensamiento civilizado, no para volver a su Orden sino para negociar con él una nueva alianza; recuperar el uso cotidiano de una razón que fue fulminada por la memoria, por un instante recuperada, de su grado cero. Comprender que la razón nunca es fecundada más que por el trance de su pérdida.

*

Cuando el poeta cede a la tentación vertiginosa de fundirse con la poesía, ignora aún que es a su propia muerte a quien va a esposar, a quien va a reconocer como la parte más incorruptible de sí mismo, con quien deberá en adelante compartir sus días y sus noches para lo bueno y para lo malo. El poeta, pasado su mediodía, no tiene compañía más legítima que su propia muerte. A esa muerte familiar a la que tutea, a la que ha reconocido como suya, ya no podrá traicionarla como ella no lo traicionará. Se pertenecen. Sabe que ella no será esa puta muerte de cualquiera, porque es su propia alma, porque no habrá cesado, desde el momento en que la reconoció, de mantener con ella el menos complaciente, el menos narcisista de los diálogos amorosos.

La poesía, de la que Lautréamont predijo que *será hecha por todos*, es la palabra que compartir, nacida de la convivencia tormentosa de una vida con su propia muerte; una muerte tuteada, zarandeada, acariciada, golpeada y que paga con la misma moneda; una muerte que ha encontrado su lengua de todos los días. Liberada de solemnidades.

*

La intimidad del diálogo que mantiene con la propia muerte es lo que da testimonio de la madurez de una consciencia.

¿Cómo podrían hablarle el dolor y la muerte de los demás si no es por el médium de su propia muerte esposada?

*

El equinoccio de primavera del imaginario: momento temible en que la imagen que muestra la belleza del amor induce a la endemoniada pregunta: ¿qué voluptuosidad es ésta que se esconde bajo el velo de la belleza y que mi alma desea súbitamente conocer? La belleza de la flor hace nacer el loco deseo de saborear las bondades del fruto que promete. Lo que es bello no puede ser sino bueno: así se expresa la impaciencia juvenil del imaginario. No tardará en desengañarse, en hacer suyas aquellas palabras de Rimbaud que introducen «Una estación en el infierno»: *Antaño, si mal no recuerdo, mi vida era un festín donde se abrían todos los corazones, donde todos los vinos corrían. Una noche, senté a la Belleza en mis rodillas. Y la encontré amarga. –Y la injurié...* Rimbaud en el umbral del infierno ignoraba con cuántas pruebas, decepciones y duelos se paga la posibilidad de un fruto maduro.

*

A través de la pregunta sobre la relación entre la imagen andrógina y lo real innato, a la que ésta remite, la de la inscripción primera irrumpe en la modernidad; escritura elemental –cuatridimensional– de la *arkhé* resurgiendo catastróficamente en un imaginario estático, desnaturalizado por el lenguaje binario de la *tékhne*, carente por completo el uno del oído necesario para escuchar al otro. Con la invasión del planeta por el robot se ha revelado la contraseña entre *tékhne* y *arkhé*: memoria. Hay que tener comercio textual con el ordenador para entrever el esclarecimiento mutuo que promete la me-

moria de la palabra *memoria* entre el genio poético y el genio técnico.

Trabajar con los útiles modernos de que disponemos para apropiarnos del secreto de la creación. Con frecuencia me pregunto qué habría sido de mi experiencia poética antes de la invención de la fotografía.

*

La intuición del sí mismo me vino del contraste entre yo y el otro. Su palabra se concibió en la fulgurante simbiosis de ambos.

El alma considera el contraste como aquello que liga esencialmente al yo con el otro (diferimos diametralmente, por tanto el nosotros es posible); el intelecto, como aquello que los dualiza (diferimos diametralmente, por tanto el nosotros es imposible). La una obtiene su alimento cotidiano de la continuidad de los contrarios, el otro de su discontinuidad. De ahí la sordera creciente que mantiene la Historia entre las dos inteligencias.

El problema que atenaza a cada conciencia: la convivencia de la verdad según la pasión (los contrarios se atraen) con la verdad según la razón (los contrarios se repelen). Para la cuestión universal de la gravitación mental, sólo hay respuestas individuales y circunstanciales, siempre por reformular en función del objetivo próximo o lejano, de la profundidad de campo del proyecto de existencia.

*

La autogénesis del verbo es el objeto real de la prohibición que funda la sociedad patriarcal, no sólo porque destituye al Sujeto por derecho divino, sino porque el despertar de *la común presencia* en el fondo de nuestra memoria deja al yo im-

potente para dominar al otro, para asegurar la transmisión de su poder.

Dejar de embaucarse en cuanto al posible advenimiento de la fraternidad en la Ciudad patriarcal. Democracia y subordinación a la ley del Padre no son compatibles más que ideológicamente. El pensamiento revolucionario sólo puede superar la fatalidad de la Historia si es capaz de asumir el deicidio del que su nacimiento le hace culpable.

*

La noción de culpa que se adhiere fatalmente a los pasos del explorador del vacío de memoria original lo lleva a interrogarse sobre la relación del imaginario arcaico con el imaginario simbólico que fundó el relato bíblico del Génesis.

En cuanto surge la cuestión de la relación de lo imaginario con lo real, la cuestión del paso al acto, la ley interviene en los asuntos de Eros. Con lo primero que se encuentra el deseo de simbiosis cuando se lanza por el camino del paraíso, es con la estatua monumental del Comendador, cuando no con el mismísimo Dios. El paso que separa el tiempo del deseo del tiempo del gozar nunca está libre de aduanas. Está cortado de antemano por la imagen-modelo que nos fue transmitida, a la cual deberá parecerse el amor para merecer su legitimidad. Así, la imagen cultural de la relación deseo-placer se superpone a la impresión in-mediata, sin mácula que la memoria natural guarda de ella de manera indeleble.

*

El juego de lo femenino y lo masculino, tal y como se reconoce por *trans-parencia* en las profundidades de la memoria prenatal, es no guerrero (lo llegará a ser con respecto a la fun-

ción social del Padre). Se juega in-mediatamente entre dos memorias contrarias que son recíprocamente pregunta y respuesta. A partir de esta interlectura dinámica, de este mestizaje analógico de los cuatro elementos de la memoria, se escribe el texto dia-bólico de la génesis natural.

*

La versión bíblica del génesis sólo existe para el pensamiento iniciado al doble juego de la creación como sobreimpresión, como falsamente original, afectada por la falta de autenticidad pero sabiéndola fundadora del Orden patriarcal. Ya no puede ignorar que el imaginario humano tiene de doble fondo: uno cultural en el que la relación entre yo y el otro está regida por el principio de identidad; el otro subyacente, natural en el que la relación está ordenada por el principio de interacción. Es decir, que en la consciencia que se nutre de las dos fuentes –*sumbolon* y *diabolon*– coexisten conflictivamente dos imaginarios de lo sagrado. El uno prescrito por la ley del Padre, el otro movido por la de la vida. El uno adquirido, gobernado por el imperativo de mantener invariable la distancia interior entre identidad y alteridad, mediando la exclusión de lo extraño; el otro innato, movido por la pasión de reapropiarse de esa distancia en provecho de la generación del verbo de lo extraño. Es este conflicto entre los cimientos culturales y la realidad abisal que esconden el que atormenta y moldea a la consciencia entre su equinoccio de primavera y su solsticio de verano.

Volvamos a este momento preciso del sueño de amor donde se percibe la tentación del despertar: la voz de la serpiente enroscada en los anillos prietos del deseo aún no iniciado al goce. En la génesis poética de lo imaginario, la palabra de la serpiente es primordial. El deseo se despierta y se expresa es-

pontáneamente, dia-bólicamente. Ya es siempre demasiado tarde para cortarle la lengua. A partir del momento en que la poesía ha lanzado su grito de nacimiento en una vida, ni la censura ni la tortura le impedirán adentrarse en el dédalo prohibido de las metamorfosis en busca de una lengua propia.

Cada vez que la serpiente se muerda la cola, la luz del verbo se hará.

En el génesis bíblico, por el contrario, es Dios Padre quien tiene la primera palabra y pretende tener la última. La serpiente habla en segundo lugar para inducir a la pareja a la desobediencia. Abriendo el juego, la lengua bífida del alma para el alma será declarada culpable a ojos de la Ley y, como tal, cortada por el Amo de la creación. Resaltemos aquí que es Eva la que, hablando en tercer lugar, después de Dios y de la serpiente, comete el pecado original dejándose seducir por la promesa de la serpiente e implicando a Adán a quien, en cuarta posición, no le queda más que consumir el fruto prohibido del que ya había mordido su compañera.

En esta escena decisiva entre Dios, la serpiente, Eva y Adán, Adán es el único que se calla. No hablará sino después del pecado, para justificarse ante Dios acusando a Eva de haberle tentado, quien a su vez acusará a la serpiente de haberla seducido. En unas pocas frases del relato, todo el dispositivo de culpabilidad –seducción, transgresión, traición, delación– se despliega. Los chivos expiatorios de esta historia serán la mujer y la serpiente. Adán, que antes no ha dicho nada, se hace el encargado del poder y el portavoz del Padre después de la caída. Prohibida la palabra a Eva y a la serpiente, sólo quedan Dios y Adán en posición de fundar la civilización. Al final de esta escena, dos alianzas se forman: la alianza Dios-hombre, del lado de la ley, por tanto del lado del bien; la alianza serpiente-mujer, del lado de la transgresión, por tanto del lado del mal. Sobre esta separación de lo simbólico y lo diabólico se

fundará la moral del Patriarcado judeo-cristiano. Esta escena del génesis bíblico evoca inevitablemente otra, en la mitología griega, en la que Apolo mata a la serpiente Pitón, la inspiradora de la Pitia. Da mucho que pensar la erección de un *omphalos* de piedra en Delfos, en el lugar mismo de la erradicación de la lengua de la serpiente: en el preciso lugar en que la Noche deliraba en pleno día...

*

El paraíso existe realmente en nuestra memoria arcaica y llega a suceder que, en el lapso de un relámpago, lo recordemos. De ahí la obsesión por ampliar ese relámpago a la dimensión de una consciencia habitable donde se vuelva a poner en marcha la dinámica de la autogénesis. La pérdida de ese paraíso de la prenatalidad donde el uno no faltaba al otro, la sufrimos como un vertiginoso vacío de memoria, un tormento infernal, una debilidad esencial cuyo culpable no dejamos de buscar: Dios, nuestra madre, el diablo, la sociedad o nosotros mismos. La apuesta de la escritura poética es cercar ese vacío de memoria inicial, formar un sólo cuerpo con el abismo a fin de que tenga el medio de encontrar sus lenguas.

*

¿Y la vía?, dicen ellos y ellas, ¿dónde está la vía? El amor. Si hay otras las desconozco. Sólo puedo dar testimonio de la que yo misma he tomado. Pasar del amor, al amor del amor: el uno me ha conducido al otro. Vivía un amor con un hombre y de pronto empecé a vivir un amor con la vida, deslumbrada, irresistiblemente arrebatada por Ella cuando se reveló la imagen de la belleza. Llegada, sin saberlo, al umbral de la memoria edénica. Transportada al pie de la montaña sagrada. Llegué

sola a la cumbre, el hombre se había separado de mí a mitad de camino, quizás incluso antes. Su cabeza estaba demasiado cargada y *su razón se lo exigía* (Platón). Quizás fui yo quien le abandonó sin haberlo querido, presintiendo que la cima sólo puede alcanzarse en solitario...

*

Sólo hay ciudadanía universal en la extrañeza.

*

Perder la sombra que uno proyecta a mediodía a fin de que resucite meditada desde la hora trece. Ninguna existencia escapa a la irradiación del mediodía sin que se le pudran o se le sequen las raíces del árbol de la vida.

*

El monte Análogo: la montaña simbólica que es la vía que une el cielo con la tierra: vía que debe materialmente, humanamente EXISTIR, sin lo cual nuestra situación sería desesperada.

RENÉ DAUMAL

Lo masculino en mí es a lo femenino lo que el día es a la noche: planteada la cuestión del *punto común* de estos cuatro lugares elementales, comenzó la ascensión del *Monte Análogo*, mediando la anulación, la espiralización de toda distancia crítica. Mi pensamiento necesitó menos de tres semanas para alcanzar la cima. Sin duda porque el peso de mi bagaje intelectual y la vigilancia de mi razón eran casi nulos, lo que no era el caso entre los alpinistas de René Daumal (el cerebro de la

expedición era *Sogol* -anagrama de Logos). También porque mi memoria es la de un cuerpo femenino: las huellas de ese gran juego que mantienen lo vacío y lo lleno están en él naturalmente inscritas. La experiencia de la gravidez falta en el imaginario de un hombre, de ahí su necesidad de llenarse de un (s)haber del que debe, a la manera de los alpinistas del *Monte Análogo*, aprender a desprenderse para poder gradualmente elevarse hacia el lugar de iniciación a sí.

La prueba no fue la ascensión al *Monte Análogo*, sino su descenso. Recuperar su relación con la pesantez, reencarnarse, se convirtió en la obsesión vital de mi espíritu.

Veintiocho años más tarde debería experimentar la existencia de la sima análoga al Monte Análogo. Después de la iniciación a la poesía blanca, la iniciación a la poesía negra. Doble atracción del arriba y del abajo. Salvada de lo sobrehumano por la llamada de la sima y de lo infrahumano por el recuerdo de la cima. Ahora que el arco está tenso, mi pensamiento es flecha por delante de sí mismo.

*

Si nacer es morir a lo que fue, morir es nacer a lo que será. La *nigredo*: transitar del cadáver al recién nacido. Reciclar la *sangre impura* para que advenga el blanco nuevo. Las mujeres tienen de lo puro y de lo impuro en su relación con la sangre, de lo negro y de lo blanco en su relación con lo rojo, un conocimiento que sólo les pertenece a ellas. Una memoria cíclica del tiempo, un sentido innato de la economía circular que no tienen los hombres y que a ellas, cuando confían en su instinto, les permite desenmascarar la irreversibilidad de la pérdida de vida que engendra el tiempo lineal de la Historia. Su pensamiento, cuando se libera de los modelos masculinos, hace una especificidad de la generación.

*

La potencia es a la gracilidad lo que el poder es a la pesantez. La primera se obtiene de la aptitud para desposeerse de las formas del tener y del saber: el segundo, de la aptitud para apropiárselas. Encarnar su contradicción.

*

Lo blanco que se moja se ensucia. Comprendemos hoy que toda inocencia ha de perderse, cuando hemos sido educadas en el culto de nuestro *blanco barro*.

Es de nuestra virginidad de lo que tenemos que purgarnos. Sólo la escritura de una vida que se vive, que metaboliza tanto lo peor como lo mejor, es capaz de engendrar cada mañana el blanco nuevo, la página donde continuarse. El objetivo cotidiano de la escritura, ¿no es el de *ganarse la vida*? ¿El de asegurarse la página donde el texto pueda tener mañana la ocasión de escribirse? Toda escritura que se precie debería preocuparse por dejar una página en blanco antes de despedirse, antes de pasar la pluma.

*

MEDITACIÓN SOBRE LA NATURALEZA DE LA INCÓGNITA*

(*) Después de la lectura de una comunicación inédita de René Thom titulada: *Lo verdadero, lo falso, lo insignificante* (1988), reflexión estructurada por un diagrama que pretende ser una representación global de los lugares del pensamiento, inspirada en el Mapa del Enamorado, extraído de la «Clélie» de Madame de Scudéry.

La pregunta que me plantea esta «visualización geométrica» de los lugares del pensar es precisamente la que dio origen a mi propio pensamiento cuando se presentó en mi pantalla imaginaria la visión poética de la totalidad: «¿De qué es imagen esta imagen?» ¿Qué relación hay entre el mapa del enamorado y el amor? ¿Y entre este mapa y la realidad de la que habla: la del pensamiento? Por otra parte, ¿qué relación se da entre el matema y el sí mismo? ¿Entre ciencia y consciencia?

Heme aquí, pues, traída por la metafísica del geómetra, de vuelta a la pregunta que, hoy lo sé con certeza, da nacimiento a lo que se puede llamar sin abuso pensamiento. Lo que la cuestión de la relación de lo imaginario con lo real pone en marcha es el proceso de interpretación de los signos, proceso hermenéutico de apropiación del sentido en el que el pensamiento obtiene potencia o poder, de tal modo que el goce de la primera excluye el goce del segundo.

Lo que este mapa, y la interpretación que de él hace el autor, me permiten delimitar en primer lugar es la diferencia esencial entre figuración geométrica y figuración poética, entre la captación di-visionaria y la captación visionaria de la globalidad, la una determinada por la disyunción, la otra por la conjunción de los opuestos. La una por o, la otra por y.

*

Cuando el poeta y el geómetra se plantean la cuestión de su relación con el ser, sucede que, sin ellos saberlo, en el lapso de un relámpago, sus pensamientos se cruzan, se recupera en el cruce de sus caminos la memoria incestuosa de su substancialidad de origen.

Si percibe esta amenaza de vida, el Sujeto geómetra se sentirá en el deber de excluirla, de preservar de ella a su razón. El poeta la recogerá, la criará en su casa hasta el día en que, capaz de hablar su propia lengua, se autorice a salir de la clandestinidad.

*

Desde el punto de vista de la razón, la vida es en sí catástrofe. En nombre del Orden di-visionario, la vida no es para vivir sino para teorizar. Para que lo real se vuelva inteligible al Sujeto, debe ser desnaturalizado, desvitalizado, conceptualizado. Se vuelve objeto de saber, a condición de dejar de ser lo que es. En nombre de la razón, la presencia real no puede en ningún caso gozar de sí, significarse libremente. El día en que la palabra dia-bólica de la extrañeza se vuelve incensurable, el Orden sim-bólico del Sujeto culto se encuentra virtualmente arruinado.

*

Allí donde se opera la fusión mental del espacio y del tiempo, de la letra y de la cifra, el azar es abolido, la *arkhé* hace irrupción. *X* es el autógrafo de la Incógnita, el étimo en el que se inspira el verbo. Matriz de todo alfabeto, descifrable en el origen del palimpsesto.

Al escindirse de la memoria de la *X*, Occidente ha encontrado el Norte pero ha perdido su Oriente. Sólo puede volver a

encontrarlo si consiente en perder el Norte... No hay más que *la poesía que piensa* para querer y poder reapropiarse de la memoria de la Incógnita. De ahí su condición de paria en una sociedad donde reina sin consorte la verdad del Sujeto culto.

*

¿Qué sucederá con el *Templo de las Matemáticas* cuando se descubra que la Incógnita –cuya naturaleza incestuosa debe permanecer secreta para que él conserve *su hermosa estabilidad*– está en la cripta del vacío de memoria que funda la razón del Sujeto geómetra? ¿Y cuando se revele que la Incógnita, la que debe, en Nombre del Sujeto, permanecer muda es la vida misma?

La autografía del *bios* arruina por su base el imperio del *theos*.

El sacrificio de Sócrates no es más ajeno a la fundación del *Templo de las Matemáticas* que el de la Pitia. En Delfos, «cuna de Occidente», bajo el *omphalos* de piedra, está enterrado el cadáver de la que obtenía su verdad de la vida misma. Éste es el asesinato civilizador que el viaje a Delfos conmemoraba...

*

¿Qué ocurre con la relatividad histórica del espacio y del tiempo cuando *la eternidad es recuperada*? ¿Y qué con el edificio del saber fundado sobre la di-visión cuando la memoria de lo indiviso nos vuelve? ¿Cómo coexistirá el principio fundador de la ciencia con la extrañeza del tercero que se autolegitima después de siglos de exclusión?

A partir del momento en que la memoria de la *arkhé* ya no nos falta, ¿qué ocurre con la Ciudad ideal que se ha fundado sobre la fatalidad de su pérdida? Donde la lengua de la vida se

desata ¿qué sucede con las teorías, con las teologías, con las ideologías que se fundan en su silencio?

*

Conocerse a sí mismo es concebir el fin de la dictadura del concepto: éste sólo reinaba por faltar la memoria de la *arkhé*. Concebir el advenimiento de una soberanía sin precedentes, no de la *cosa* –lo que significaría la pérdida del paso ganado por la civilización– ni de la inteligencia que de ella tenemos, sino de la inteligencia que de ella somos.

La individuación es la sumisión del verbo tener al verbo ser, a la salud del sobrevenir; la digestión de los saberes por una consciencia que se ha vuelto insubordinable.

*

Lo que me sorprende en la lectura de este mapa del pensar no es tanto lo que me enseña sobre el estado de los lugares del mundo pensante como el “cuadro” en el que se inscribe: el eje verdadero-falso en abscisa y el eje significativo-insignificante en ordenada. Cuadro lógico (arriba-abajo-izquierda-derecha), representación cruciforme de la totalidad planteando la cuestión de su relación con lo real. Es claro que la cruz (+) que “cuadricula” esta representación es el signo de la distinción: sacrificio del tercero, exclusión de lo equívoco. El Orden sólo reina en el tablero de la razón si toda lectura diagonal –la del poeta– V está prohibida. Si X queda amordazada.

La Incógnita es la Musa de los matemáticos. Que se autografe y el templo se derrumbe.

*

En el momento y lugar en que viene a plantearse la cuestión de la relación de lo imaginario con lo real, se abre el abismo del *meta*: para el Sujeto lógico, las altas esferas desérticas de la especulación; para el poeta, la espiral vertiginosa de la iniciación. Como poeta, autorizándome a franquear los límites de mi territorio, visitaré el más allá del matema. Lectura diagonal del tablero científico. Devenido un *yo*, ¿no es el otro la llave de la caja negra del Mismo?

*

Escudriño este mapa del pensar donde tengo razones para asombrarme en primer lugar de que la poesía haya dejado de estar ausente. El malestar no me viene aquí, por tanto, por el rechazo del geómetra hacia la poesía, sino por ver que se ha vuelto sedentaria, que está acantonada en su territorio montañés. Como si nunca hubiera descendido a *las playas fangosas del mar de la Insignificancia*... La poesía no se hace objetiva o, dicho de otro modo, mayor, si no es iniciada tanto a su negrura como a su blancura.

Lo que calla el mapa es el nomadismo inveterado del pensamiento. Ignorando ostensiblemente la libertad que inspira al pensamiento, el mapa lo fuerza a retomar su libertad, como la ausencia de movimiento en una fotografía la lleva a inventar el cinematógrafo. La utilidad de un mapa no sólo es la de situarnos con respecto a la globalidad sino también la de incitarnos a ver de otro modo la realidad que establece; la de invitarnos a viajar por él, a desplazarnos en diagonal, o de manera tal que lo que está arriba pueda estar abajo, que lo que es falso pueda ser verdad y a la inversa. Lo peor que puede suceder al ser, es tomar el espacio de su ficción por el de lo real.

El determinismo histórico puede ser superado por la pequeña ranura del fondo del ojo —el estenope— que se abre sobre

la memoria de las potencias. Pero para franquear este ojo de aguja hay que desprenderse de la imagen que plantea la cuestión de lo real; perder hasta el recuerdo de toda representación. Si el pensamiento, de regreso del viaje al más allá de la imagen, recupera su poder de figuración, la *o* que aseguraba el reino del orden estático se ha transmutado en *y*. La resurrección del tercero ha dinamizado a lo imaginario. Donde sólo había que ver, da que hacer.

*

El sí mismo conoce la esfera por su núcleo. El pensamiento iniciado a su naturaleza ígnea sólo se desplaza de un punto a otro de la esfera mental pasando por el centro, estando alerta-toda toda profundidad. Movilizada toda gravedad.

*

El *yo* dominante que se aferra a la estabilidad de la imagen divisionaria que tiene de la realidad se escinde de la memoria de las potencias. Excluye al tercero visionario. El *yo* dominado que, por su parte, quiere *cambiar la vida* busca desesperadamente el paso por donde introducirse en el campo mágico del pensamiento. Pasar del sufrir al actuar es primero cambiar la disyunción en conjunción de los opuestos, el *o* en *y* en la topología imaginaria. Automovilizarse es encarnar el verbo de la distancia.

*

La poesía sigue siendo el acto supremo a ojos de quien, como Novalis, aspira a adueñarse del acontecimiento interior, de toda la realidad psíquica y busca un gesto sobera-

no que realice la síntesis del inconsciente y de la suprema consciencia.

ALBERT BÉGUIN

Si la imagen es el lugar de trabajo del pensamiento, es también el del descanso y el del sueño, la barca o el navío de sus derivas. Ligado a su centro de gravedad, el pensamiento puede permitirse desvariar fuera de los límites de su documento de identidad terrenal, sin temor a perderse en los espacios infinitos. Pero trabajar en hacer consciente la relación de lo imaginario con el núcleo del ser —toda la profundidad—, es algo que se toma el tiempo de escribirse, un *tiempo loco* que no da de comer a un hombre ¡y menos aún a su mujer! Y sin embargo, sólo el trabajo solitario del pensador de fondo puede salvar a la vida que se pierde en el flujo sin reflujo de las imágenes. ¿Insignificantes? Ninguna imagen es insignificante. En el curso más bajo del *río del sentido*, es la muerte de la vida lo que la imagen significa: ¡Sería irremediable no interpretar correctamente precisamente esta imagen! Lo que le falta a este siglo escindido de la *arkhé*, presa de la megalomanía del Sujeto, es el valor de interpretar lúcidamente los signos que le son propios. El tiempo de producir sentido es el contratiempo que nace del retroceso de lo complejo hacia lo simple, de la fracción hacia lo indiviso. La consciencia crece a contracorriente de la ciencia.

*

En cuanto el pensamiento sea considerado como medio de acceso a la gran salud mental, ya no será propiedad exclusiva de una casta. Nadie puede pensar por otro —dictar la ley— si el otro es un yo. Aún es necesario que el yo nacido de las entrañas del otro pierda su fascinación por el cetro y su atávico mie-

do al palo para atreverse a ocupar su lugar en el tablero. Entonces podrá comenzar el gran juego de la relación.

*

Occidente aún ignora que la poesía que se piensa es su Oriente resurgente. La incomunicación entre el pensamiento occidental y el pensamiento oriental viene de la falta de medianería entre ellos, de la ausencia de ciudadanía del verbo de lo extraño. Los diferentes no pueden comunicarse si no es por mediación de los semejantes. En tanto que Occidente no está vinculado a su propio Oriente, ni Oriente a su propio Occidente, en tanto que el diálogo planetario no es a cuatro voces, el muro de sordera que los separa permanece infranqueable.

*

La potencia del verbo surge de ese no-lugar desde el que lo verdadero, lo falso, lo significativo y lo insignificante dejan de ser percibidos contradictoriamente. Dicho de otro modo, el relámpago de intuición de lo real se produce por una pérdida total de referencia histórica y geográfica. Conocer a la Incógnita es literalmente perder el mapa: ¡Completa catástrofe mental! La iniciación a la presencia real crea, más allá de la *falta* de sentido, una memoria del *exceso* que da autonomía a una existencia, con tal de que haga de ese instante de eternidad la fuente inagotable de una palabra de vida. Todo el problema postiniático está ahí ¡y es de envergadura!

Entre la imagen que suscita la cuestión de lo real y el punto del espíritu donde fulgura la evidencia de que ser realmente sí mismo es simultáneamente ser *y* no ser, el recorrido es circular, anular, vertiginoso, inducido por analogía. Reapropiarse de la memoria de la *distancia focal* entre parecer y ser es nece-

sariamente despegar de la base figurativa, es fundirse con el movimiento espiral que conduce al pensamiento a su volcán de origen (a riesgo de no dejar más rastro que una sandalia...).

Explorar la propia cámara oscura, el más allá del espejo, es hacer cuerpo-espíritu con la magia de los lugares; con la deformación, la metamorfosis continua del imaginario navega al borde del naufragio. Los accidentes mortales en el transcurso de estos viajes iniciáticos suceden cuando el pensamiento presa de pánico se vuelve hacia la estabilidad perdida; por nuestro desconocimiento de la topología del abismo subyacente tanto al poema como al matema. La llave perdida de la creación es la memoria de la distancia focal entre el *cuadro* de la verdad racional y el *punto* en el que ésta se pierde liberando un relámpago de evidencia (de *videre*).

El pensamiento no puede desplazarse dentro de su campo mágico si no es por medio de ese vehículo auto-móvil, de esa máquina de viajar en el tiempo que es la analogía. De este modo entra en el secreto de la relación de las relaciones.

*

Todos los totalitarismos se apoyan en una metafísica abusiva cuyo Objeto está prohibido al conocimiento inmediato. El campo de las altas energías del ser sólo puede ser integrado creativamente en la vida cotidiana si el pensamiento efectúa en él, paso a paso, su trabajo de excavación, de levantamiento de minas. La desalienación de los lugares sagrados de la memoria es la peligrosa labor de los poetas en busca de la única ciudadanía que les interesa: la que la vida misma les reconoce.

*

¿De qué da testimonio la belleza de una forma si no es de su relación con lo simple? Pasar del parecer al ser, desaparecer, fundirse con la muerte de una forma para fundirse con la potencia de la que fue expresión. *Quemar formas para ganarse la vida* (Artaud).

La función de la belleza es iluminar el alma, despertarla a su propia *estesia*. Pero el éxtasis se pierde y el alma permanece, privada de la cosa cuya visión la ha revelado a sí misma. Presa de la violencia de su propia presencia ¿Qué hacer con esta violencia? ¿Cómo vivirse sin *anestesiarse*? ¿Sin defenestrarse? ¿Qué hacer de esta extrema sensibilidad a sí mismo?

Encontrar una lengua (Rimbaud). Cuando nos vuelve la memoria de la *arkhé*, no sobrevivimos al diluvio si no es fundiéndonos con ella en la escritura.

*

Considerando que el imaginario es el lugar de las figuraciones planas y voluminosas de la relación entre parecer y ser, comprender que es al mismo tiempo el lugar de las tradiciones y de las revoluciones, de las manipulaciones y de las mutaciones. Como lugar de la ausencia del sí mismo, permanece plano, estático. Lúcidamente habitado, su cuadrado se eleva al cubo: tal es la casa del pensamiento mestizo, con doble vista a la vida cotidiana y a la eternidad. Doble lanzadera entre *tékhe* y *arkhé*.

*

La cosa ígnea del verbo ¿puede ser llamada verdad absoluta? Yo prefiero llamarla evidencia (de *videre*). Cosa que ver. Cosa que ser. Incógnita que conocer en el instante en que el alma, identificándose con ella, se ilimita. Cosa que reconocer en la

intersección de lo verdadero, de lo falso, de lo significativo y de lo insignificante.

*

Inaceptable para el intelecto, la evidencia de ser sólo alcanza al alma. Impresionada –ennegrecida– por el rayo, un alma no puede tener con la razón la misma relación que el alma virgen. Si la razón conduce al alma ciega, el alma vidente no puede dejarse guiar por la razón, sin dejar de reconocer que es su indispensable auxiliar. Razón dueña para la filosofía, razón acompañante para la poesía, éste es realmente el objeto de su *querella*.

*

La razón que se aferra a la estabilidad de su imperio debe velar por mantener su insensibilidad a la magia del verbo, lo que exige el recurso permanente a un discurso simbólico que haga las veces de pararrayos. Enterrar al rayo...

Para historizarse, la razón debe a la vez hysterizarse y fallizarse (lo que viene a ser lo *mismo*), instituirse abusivamente como dadora de sentido, Padre-Madre de la Ciudad. *Apartarse* de la cosa instintiva. La razón distintiva, para asegurar a su verdad un espacio y una duración, un campo de credibilidad, se debe el ser inquisidora, castradora, practicar en nombre de su ley la censura de lo auténtico. Aunque lo quisiera, no podría actuar de otro modo, pues carece de libertad.

*

La *distancia* –zona prohibida– entre la verdad racional y la evidencia poética es el dédalo de no autenticidad (de ausen-

cia a sí) necesario para el funcionamiento de la razón científica; el anillo de opacidad que limita lo verdadero preservándolo de toda contaminación por la magia de lo real. Haciendo lo verdadero conceptuable, la falta de transparencia entre el parecer y el ser (la prohibición de explorar la distancia focal) protege su credibilidad. Como poeta, yo diría que lo que limita lo verdadero no es tanto lo insignificante como su necesidad de credibilidad, su dependencia con respecto a la *prueba* (su fobia a pasar *duras pruebas*).

Donde la evidencia dicta simultáneamente ley y sentido, ya no hay que creer, no hay que probar. Ya no queda más –imperativamente– que ser sí mismo. ¡Sé! Coincidiendo con lo real, la verdad escapa al control de la razón distintiva; ilimitándose, irradiando la esfera mental por entero, la verdad se torna lucidez.

*

La consciencia de esta separación cualitativa entre la verdad y la autenticidad hace surgir la cuestión del estatuto ético, estético y político de la mentira, de la omisión, de la traición a lo real que implica fatalmente el reinado del principio de razón. ¿La mentira es legítima si es cometida por el Uno? ¿Ilegítima si es cometida por el Otro?

*

Juro decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Por este juramento convencional –necesariamente falso– que esclaviza la verdad a la ley, la mentira se vuelve una verdad fuera de la ley. La que, seguramente, crea sentido. Decir que *todo lo que es riguroso es insignificante* ¿no es afirmar que una verdad que hace ley no puede al mismo tiempo dar sen-

tido? ¿Reconocer la incompatibilidad entre la verdad según la ciencia y la verdad según la consciencia? ¿No vivimos en este crecimiento galopante de la distorsión entre lo que dicta ley y lo que da sentido? ¿Puede el reino del absurdo crecer hasta llegar a ser un absoluto?

*

Más allá de lo verdadero y de lo falso, ¿dónde se piensa lo justo? Cuando la justicia ha caído del cielo platónico para exigirse en las calles de la Ciudad, cuando ha dejado de ser una Idea para reconocerse incontenible deseo, ¿adónde se dirige? ¿Dónde se piensa lo político si la filosofía fracasa al pensarlo? ¿Responderá el filósofo que la Idea que se vuelve deseo no es de su incumbencia? ¿O bien piensa que una vez conceptualizado el instinto de justicia puede volver al cielo de las Ideas?

El poeta le objetará que si la justicia no existe en la Tierra, su ausencia reina en ella ostensiblemente y que es la experiencia de esta ausencia la que, precisamente, revela la violencia extrema del deseo de justicia.

¿Cómo existiría este deseo si lo infinitamente justo no hubiera nunca tenido existencia real? ¿Si no portáramos su inscripción indeleble –la X– en el origen mismo de nuestra memoria? Signo de que somos todos dioses, lugares de pura potencia semántica, semillas de *luz-natura*, antes de desplegarlos en formas cuya pesantez prevalece poco a poco sobre la gracia, hasta la victoria de lo inerte. Cada uno ha de recuperar la memoria anterior a su caída en la Historia, el goce de su estrella, si quiere que la relación entre lo justo y lo verdadero se le haga sensible e inteligible.

*

Cuando la verdad se siente amenazada por la mentira es porque se siente ofendida; coexisten en la desavenencia, jellas, que están tan bien hechas para entenderse! ¿Cómo vivir según la ley sin mentir(se)? Lo que establece la diferencia entre el rigor y la lucidez, es que el uno se culpabiliza de la mentira, mientras que la otra hace de ella una inspiradora, una reveladora. Una cómplice.

*

Para un poeta, es la evidencia –lo visto– la que dicta ley. Su pensamiento no cesa de remontar su propio curso, tras las huellas del primer retorno a la Incógnita para ser devuelto incansablemente por Ella al aprendizaje del saber morir, del saber caer, del saber recogerse para poder de nuevo remontar la corriente. Por delante de su mayor desviación, mi pensamiento da sus primeros pasos por el territorio de su autonomía.

*

Sobrevenirse, es a la vez *vivir de muerte y morir de vida*, Heráclito lo ve. Doble tensión entre lo más alto y lo más bajo. Uno se sorprende al final del río pensando precisamente lo contrario que al principio, diciéndose que para recuperar la verdad de arriba bastaría con poner la cabeza en el lugar de los pies, pero que igualmente se podría, si se tiene el valor, volver a subir la cuesta.

A la larga, se usa la escala del sentido como se usa una cámara fotográfica. A cada escalón subido o bajado, el punto de vista cambia, la imagen se hace borrosa, la óptica se desajusta. La relación consigo mismo debe ser continuamente revisada para que la relación con el mundo no se vuelva aberrante, siendo el sí mismo a la conciencia lo que el objetivo (más o menos

luminoso) es a la cámara fotográfica. Aprender a situarse en la escala del sentido como en la esfera del reloj biológico, saber desde dónde pienso para aspirar a pensar certeramente. Aprender a dominar la automovilidad del pensamiento, el uso de su dirección, de su acelerador y de su freno. La conducta¹ de sí mismo tiene mucho que aprender de las técnicas modernas.

*

En la cima del *Monte Análogo*, para cruzar el paso del último oxímoron, consentir plenamente la encarnación del verbo de la *arkhé*. Si en mí se hubiera elegido salvar la razón del Padre, habría muerto por exceso de sentido, con el cerebro quemado por la poesía pura como pueden quemarse los pulmones por el oxígeno.

En los días que siguieron a la travesía de la cima, supe que escaparía a la locura blanca a condición de comprender cómo se penetra en el campo zahorí del verbo para concebirlo y cómo se sale para encarnarlo.

*

El filósofo que escribiera como poeta buscaría su propia destrucción.

MAURICE BLANCHOT

En el pensamiento poético, el *punto de compacidad* no se obtiene de uno de los términos de la *oposición privativa* de yo y del otro, por el sacrificio de la extrañeza en nombre de la identidad o de la alteridad. El poeta, al encarnar el verbo del tercero, no puede consentir mejor la dualidad que la trinidad, no

¹ N. de la T.: El francés tiene la misma palabra, *conduite*, para *conducta* y *conducción* españolas. En lo sucesivo, la autora asocia ambos significados.

puede pensar como filósofo sin traicionarse a sí mismo. Encarnar la distancia interior del Sujeto y del Objeto es experimentar su relación en todos los estados, lo que supone el desarrollo de una aptitud para la metamorfosis, para la ruptura generativa.

Con el dominio de su inestabilidad constitutiva, el pensamiento del tercero se hace una libertad hecha de fluidez; una sensibilidad conocedora de sus umbrales y capaz de cruzarlos tanto en el sentido del repliegue como en el sentido del despliegue, según las exigencias de la hora. Infinita modulación del descarrío.

*

El insomnio es el espacio-tiempo elegido por la lucidez para investir a la conciencia. Su luz sólo brilla sin crueldad en el seno de la noche. Negarle la palabra al llegar la mañana, es obligarla a expresarse en términos de *pathos*.

*

Al pie del *Monte Análogo*, A es a B lo que C es a D. En la cima, la velocidad de semantización es tal que el zigzag del rayo que se produce (Z) significa la potencia común de A, B, C y D. Aquí se pierde la razón. Actúa la intuición, a solas.

En el instante de cruzarse, Z se escribe X, signo del infinito, matriz de toda escritura, traída desde el cielo mental a la blancura de la página. Además de revelación de la Incógnita, toda grafía es biografía.

*

La prohibición que al transgredirse arruina el imperio patriarcal, es la iniciación a la autogénesis del pensamiento. El

principio de exclusión del tercero traduce en términos de lógica la prohibición de este incesto deicida.

Cuando mi pensamiento supo que había infringido la gran prohibición, lo único que le quedaba por hacer era recorrer la distancia focal en sentido inverso. La analogía guardaba en su memoria todos los círculos atravesados desde la base hasta la cima. Volvería a cruzar los umbrales con una lentitud desesperante.

*

La analogía entre poesía y fotografía que vehiculó mi pensamiento puede servir a quienquiera que se desplace en su distancia focal. La técnica al servicio del ser: una era que se abre.

*

Remontando el río, *morir de vida*. Descendiendo su curso, *vivir de muerte*. Simultáneamente, como la corriente y la contracorriente del río. Iniciación a la consubstancialidad de la vida y de la muerte. A su distinción como esencia misma de la ficción.

Este aforismo de Heráclito, me lo represento en forma de cubo en el que todo sentido —externo e interno— es doble: figuración de la relatividad propia de la consciencia de consciencia. En ausencia de dirección prohibida, el pensamiento se inspira en sus propios cruces. Irradia, circula según sus propias leyes, proyectándose y reflejándose, desplegándose y retrayéndose según las necesidades circunstanciales; encarnando el principio de reversibilidad del tiempo que guarda la memoria de la *arkhé*.

La indivisión arcaica de la poesía y de la geometría trasluce a través de la estructura de este aforismo (de este doble oxí-

moron) a la vez total y mínimo. La pérdida de sentido entre el rayo y la palabra que lo significa es ínfima: lo justo para hacer al rayo nombrable. A la lectura corresponde reunirse con Heráclito en el hogar del verbo. Allí, el encuentro con lo Oscuro se vuelve iluminador.

*

La bestia negra de la razón occidental —el chivo para degollar en los altares—, es el tercero incluido en la cuadratura de la tesis y de la antítesis. Donde la una es a la otra lo que la otra es a la una: a la vez verdadera y falsa, según el ángulo desde donde la una y la otra *se miren*. La síntesis dialogística en lugar de ser un tercer término que levante ficticiamente la oposición, es quintaesencia poética, potencia del verbo de la que se obtiene continuamente la superación de la adversidad.

*

Tras el despertar de su volcán de origen —la implosión del *punto* semántico—, mi imaginario destruido se reestructuró de un extremo al otro. He conservado algunos de los dictados geométricos de la *arkhé*. Torpe pero incansablemente trazadas en azul y rojo para escapar a la terrible voracidad de la luz blanca, estas figuras resurgentes fueron mis primeros talismanes. Las herramientas de mi pensamiento después del seísmo de mediodía fueron, en efecto, la regla, la escuadra y el compás...

Volúmenes de una extrema plasticidad nacían de la desaceleración de mi pensamiento, de la apertura de su diafragma. Aprendí que las formas se in-forman cuantitativamente del movimiento mismo de su caída y cualitativamente de su elevación; que la encarnación del verbo en una “lengua propia” es un

efecto de articulación del ascenso y del descenso, de la gracia y de la pesantez, o sea, una aptitud mental para la danza. Iniciación salvaje a las leyes de la gravitación psíquica, a la potencia del diá-logo como quintaesencia de lo aná-logo.

Según que mi pensamiento se moviera por su voluntad de producir sentido (movimiento centrípeto) o por la de hacer signo (movimiento centrífugo), según que un movimiento primara sobre el otro, mi ritmo de vida cambiaba. Iniciación del pensamiento al giro en redondo. Aspiraba con todas mis fuerzas a una estabilidad desconocida, a una mayor amplitud de este vaivén. Encerrada en lo exiguo, quería expandirme (no evadirme). Trayectoria de un devenir al que regresaba para ponerlo a *punto*, siempre el mismo y sin embargo nuevo cada mañana, como el sol de Heráclito. Reactivación vital de la proyección-reflexión de la que se producen las ondas ultracortas del pensamiento naciente. Integración continua de la extrema radioactividad del verbo en su fuente. Sabía instintivamente que la impaciencia por renacer, el menor fallo en la apropiación de lo simultáneo, se pagaría con una irreparable pérdida de presencia real, pérdida de consciencia de la hora exacta que era en el reloj de mi vida.

Trabajar sin descanso en mi propia gesta. A cualquier precio, salir del campo mágico de la *arkhé*, de la fascinación del infinito. Trabajar en dotarme de la lengua cuadrívoca que me haría pasar al espacio-tiempo del ocaso.

Con la edad, me ha venido la certeza poética de que toda génesis se informa de la interlectura de cuatro elementos (dos activos y dos pasivos); que toda memoria se escribe antes de poder decirse. La memoria del silencio-luz precede a la memoria del sonido como el rayo precede al trueno. Hay en cada uno de nosotros una memoria de la *X* en la que se origina el pensamiento, inscripción de lo real oculta por los múltiples estratos de la representación.

Sobre esta falta de memoria del origen se desarrolló una civilización del desierto en que la representación se tomó por el suceso, la palabra por la cosa, después una palabra por otra. Camello de este desierto, el poeta encuentra hoy una legitimidad sin precedentes, con tal de que sea capaz no sólo de mantener sino de ir más allá del *paso ganado por la civilización*.

*

¿Por qué hay algo antes que nada? Mi pensamiento, nacido de la memoria de nada, durante mucho tiempo ha perseguido a lo que en esta pregunta lo niega en su posibilidad misma. “Rien”,¹ *res*, ¿no significa “la cosa”?

Como poeta certifico que *hay* nada, potencia, deseo, intención antes de que haya algo. Algo no puede impedir que nada exista, pero si nada *no* existiera, ¡algo no podría suceder!

*

Ser sí mismo: haber estado en lo más alto y en lo más bajo de la escala del sentido, haber regresado de *nada* y de *todo*, habiendo hecho de la verticalidad un arco generador de las propias flechas.

El objetivo inicial de la experiencia poética es la anamnesia de la *arkhê*. En el preciso momento en que el pensamiento se vuelve apto para *sobrevenirse de nada*, la vida está a salvo de su mayor peligro.

*

¹ N. de la T.: *Rien*, que significa “nada” en francés, procede del latín *res* que significa “cosa”. Me ha parecido, por tanto, conveniente conservar este “Rien” sin traducir, ya que la autora lo emplea con valor etimológico.

Donde el pensamiento depende de la existencia de algo, donde no puede prescindir de un Objeto inicial, los dados están trucados. La libertad nunca tendrá cabida en el reino del Sujeto. Pobre de aquel que en este reino recuerde al rayo y se atreva a dar testimonio de él: será expulsado, con los cascabeles del bufón puestos.

Un día, el bufón regresa al reino podrido del rey Logos y es él quien hace las preguntas.

¿Impunemente Se puede negar que nada exista porque la verdad del Sujeto no sobreviviría a la prueba del fuego? ¿No Se teme que el edificio erigido sobre esta laguna de memoria de lo real se derrumbe como un castillo de naipes si el pensamiento del verbo viene a multiplicar ahí sus lugares de despertar? Resucitar la presencia real y encarnar su verbo es el proyecto mismo de la poesía que piensa. Abandonando su exilio por la fuerza autopropulsiva de una palabra dia-lógica, la poesía sabe que el viejo rey Logos ya no tiene el poder de cortar-le la lengua.

*

La cuestión de lo real gravita en torno a nada, al valor positivo o negativo atribuido a nada. Cosa del ser o de la nada. Donde la memoria de nada se concibe como potencia de todo, cabe preguntarse no ya por qué hay algo, sino cómo se crea algo a partir de nada. Cómo el ser que nace de nada puede, por la eclosión de su verbo, devenir sí mismo. ¿Cómo una persona –a ninguna otra parecida– se adviene de la memoria de nadie? La poesía que piensa se preocupa menos del porqué que del “¿para qué?”

*

La prohibición de gozar de la integridad de la memoria es la que ha de transgredirse para dar el *paso más allá* de la Historia.

*

En el origen de la inteligencia está la pregunta: “¿Cómo hacer para sobrevivir?” ¿Cómo apropiarse del fuego del cielo, cómo mantenerlo en la Tierra, cómo ganárselo, domesticarlo? Nació después la imaginación alfarera. *Arkbé* y *tékhne* nunca estuvieron tan vitalmente asociadas como en la memoria panzuda del primer cuenco. Del primer cuenco.

*

Después del cuenco para cocer lo crudo, viene el cuenco para conservar lo cocido. Lo improvisado de hoy como previsión del mañana. Todo hace pensar que la primera escritura fue a la vez el lugar en que captar lo vital del instante y en el que retener el conocimiento adquirido con vistas a transmitirlo. Nacimiento de la tradición en nombre del futuro. La Historia nació cuando el peso del recuerdo fue mayor que la preocupación por el sobrevenir. Cuando los ojos se volvieron más grandes que el vientre.

*

En mí, el gusto por cocinar, por “hacer de comer”, precedió al de escribir, pero la cocinera y la poeta nunca dejaron de hacer buena pareja, de intercambiar sus recetas, sus trucos.

*

De la correspondencia entre el rayo del cielo y el fuego de la sangre, se concibió la X. Para recordarlo, cada uno ha de descifrar su palimpsesto.

*

En el origen de la rivalidad de yo y del otro, está el poder de la Madre, la irrupción de estos celos primeros cuyo objeto es el *seno*. Terror a la privación de aquella por la que llega la vida, cuya *panza* es el cuenco inicial donde ni la falta sexual, ni la falta de alimento, ni la falta de calor tienen cabida. Tener suerte, no tener suerte...² En el paraíso, la suerte es continua. El azar viene al mundo con la seXción, se abole en la interseXción.

*

Con los celos fraticidas, nace la exigencia de ley. El Padre cazador, proveedor de lo crudo, hará la ley, mientras que la Madre se volverá sedentaria alrededor del hogar para que se mantenga el fuego y se llene la despensa. La madre permanece en la memoria como aquella por la que llega la falta cuando nos expulsa del paraíso. A ella corresponde hacerse perdonar volviéndose, de por vida, la madre nutricia. Romper el círculo de servidumbre en el que se funda su terrible poder, destetar a sus hijos, son cosas que una madre sólo puede hacer volviéndose a parir a sí misma.

² N. de la T.: *Avoir du pot, manquer du pot...* en el original: La autora juega con el significado literal de estas expresiones coloquiales construidas con la palabra *pot*, (vasija, cuenco, puchero, etc), literalmente sería “tener cuenco”, “no tener cuenco...” lo que significa realmente “tener suerte”, “no tener suerte”...

*

Sólo si recuperamos el goce de nuestra memoria edénica podemos, sin que nos cause la muerte, romper a la vez el vínculo materno –médium natural entre nuestra vida y la vida– y el de Dios, su sustituto cultural. Una existencia escindida por la razón distintiva de su memoria instintiva sigue siendo menor, dependiente del *seno*, de lo femenino nutricional. De ahí su angustia cuando las mujeres que abandonan su servidumbre se ponen a vivir por ellas y para ellas mismas. Allí donde lo maternal –lo providencial– está faltando, el Patriarcado pierde sus medios de subsistencia. La solución a esta crisis de crecimiento de la humanidad no puede encontrarse en el retorno de las hijas a la Casa del Padre, sino en el paso –el más audaz de todos– que ellas darán más allá de su revolución para conquistar en lo desconocido la parcela de tierra firme necesaria para construir la casa de la hermana: sólo ahí el hermano puede tener, a su vez, la oportunidad de liberarse del imperio del Padre y de la Madre. Labor de las poetisas hermanas que Arthur Rimbaud veía venir.

*

El agua guarda la memoria del fuego como el fuego guarda la del agua; allí donde ambas se encuentran nacen la tierra y el aire. Allí donde se pierden, la muerte gana. El Universo es memoria de nada.

*

¿Por qué hay algo antes que nada? Esta pregunta, que da para especular indefinidamente sobre el origen, no sirve más que para fundamentar y confortar la legitimidad del Sujeto que la

plantea. Pienso, luego existo. Preguntándose por qué hay objeto del tener y del saber, el Sujeto perpetúa su dominio sobre el Objeto (es decir, la Historia), sabiendo que la pregunta destinada a permanecer sin respuesta vuelve siempre al espíritu del Mismo.

Contra todo pronóstico, sucede que la pregunta fundadora de la metafísica del Mismo se vuelve objeto del pensamiento del Otro. El Otro comprende que el Uno sólo *es por tener*. Sujeto dependiente de la existencia de *algo*, el Uno sólo es siendo el amo del Otro.

Al ser identidad igual a propiedad, gozar de una identidad no es ser lo que se es sino lo que se tiene. El ser del Sujeto depende de la sumisión del Objeto.

El Otro se vuelve a su vez Sujeto, por haberse reconocido Objeto necesario para la identidad del Uno. Objeto de primera necesidad: ahí reside su importancia real. Ausentándose lúcida-mente de la sumisión que funda la Identidad del Uno, el Otro se vuelve el artesano concienzudo del final feliz de la Historia.

Sólo el Otro obtiene su ser de lo que es.

*

El poeta, cuyo pensamiento se origina de la memoria de nada, no se reconoce otra función en la Ciudad más que la de encarnar el verbo común a todos los sujetos y a todos los objetos. Mientras que la vida era sin más, mientras que la cuestión de su desaparición no se planteaba, no se imponía a la conciencia, la necesidad de la presencia poética en la sociedad estaba desprovista de objetividad. La vida no tenía ninguna necesidad del poeta para sobrevivirse sino solamente para ser celebrada. El cantor no ha de plantearse su legitimidad: cantar le basta. Al poeta corresponde hacer poemas como al árbol portar flores y frutos.

Cuando ya no tuvo entrañas para cantar porque había sido fulminado por la pregunta del sentido de su existencia, el poeta fue durante mucho tiempo el único en ser consciente no sólo de esa *utilidad* de la que Platón le pedía pruebas, sino de su necesidad. Fe en sí mismo tan amenazada por todas partes —empezando por él mismo— que se pasaba la vida taponando las grietas, queriendo salvarla de la subida de las aguas de la indiferencia. Cuando ella se hundía, le causaba la muerte.

*

Lo que ha cambiado en la condición poética en este fin de siglo xx, es que la presencia del poeta en la Ciudad es requerida por la emergencia de una crisis sin precedentes que el discurso del filósofo es manifiestamente incapaz de desentrañar. Su silencio en cuanto al “cómo salir de esto” es de una densidad tal que conmina al poeta a resurgir del suyo, perdida ya toda inhibición, levantada toda prohibición. Es necesario que el mal absoluto se piense, que encuentre sus lenguas y estas lenguas sus oídos, para que la vida haga de cada vida un pozo de consciencia de sí misma.

Sólo está el poeta para esposar a la vida y a la muerte de la vida, para ser su confidente, su biógrafo. La palabra del vidente, que deambulaba en su exilio carente de pruebas, encuentra en los hechos su posibilidad de legitimidad. La vida da señales hoy legibles para todos de una *muerte avanzada* de la que el poeta no puede extrañarse puesto que son las pruebas tangibles de lo que él decía haber visto. Si no alimentara con ello al verbo, ¡alimentaría su sed de venganza!

Así pues, el pensamiento en negro se revela como último viático para el Occidente desorientado. Piedrecitas negras sembradas por los caminos del gran desierto blanco...

*

Entre la concepción y el nacimiento del pensamiento, está el abismo de su gestación que los poetas se matan explorando sin estar ligados a la superficie por la escucha fraternal del filósofo. Pensar como poeta y pensar como filósofo es algo que debería, en nombre de la vida, hacerse en cordada.

*

La nostalgia de la Ciudad antigua sólo puede ser un fantasma masculino. El pensamiento de una mujer no puede remontarse al esplendor de una civilización que le cortó la lengua si no es con el fin de arruinar sus cimientos. ¿Cómo podría soportar la idea de que aquello volviera a empezar?

*

¿De dónde viene la fuerza poética de Antígona? De un fondo memorial anterior al reino de la di-visión, anterior a la fundación de la Historia. Antígona sacrifica no sólo su vida sino también su maternidad virtual, su posible posteridad a la memoria del hermano, más preciosa a sus ojos que cualquier otro bien. El valor absoluto para Antígona es la fraternidad. Constituyendo la trama biológica del *ser sí mismo*, el vínculo del hermano y de la hermana es la fuente prehistórica de lo sagrado.

*

No es de hoy de cuando data la querrela entre la filosofía y la poesía, prueba de ello: /.../, y mil otras que testimonian sobre su viejo antagonismo.

PLATÓN

La función poética es mantener la tensión creadora entre la memoria arcaica y la memoria contemporánea. Entre el genio de lo simple y la inteligencia de lo complejo. Amenazante para el Orden de la Ciudad ideal, esta función de *medianera* costó a la poesía que piensa el ser proscrita. En el umbral del siglo *xxi*, ya no hay querella sino ruptura entre la filosofía del Padre y la poesía de la hija. Ruptura consumada y significada por la poesía que se ha hecho capaz de asumir las secuelas de milenios de exilio, a la vez que las consecuencias imprevisibles de su retorno. Pensamiento que nació y creció sobre la marcha, a través de las expulsiones, de los incesantes repliegues sobre sí que su condición de paria le obligó a efectuar para sobrevenirse. La poesía de la hija vive al margen de la filosofía del Padre una necesaria historia de amor de sí misma en la que la vida se salva en las narices de la Historia.

*

Excluir la presencia del tercero visionario, cortar la lengua a los testigos de la anterioridad es fundar la verdad histórica sobre el destierro de la autenticidad. Por medio de esta violencia legal, la historicidad se hace garante de la legitimidad de una palabra. Todo pensamiento cuya fuente es anterior a la fundación del Orden civil será condenado a no tener nunca ocasión de ser dicho en el interior de la Ciudad. La filosofía occidental no puede ser generosamente contradicha si no es por su desterrada, por la voz resurgente de su propia anterioridad.

*

El Sujeto-Amo hizo de la naturaleza un Objeto que se dejó someter, hasta que el siervo de la gleba alcance ese grado de

consciencia de su condición de Objeto en que, autodestacándose del fondo, se levante como Sujeto y se ponga a caminar. Si se opone, desde ese momento, hay un Sujeto encargado de tradición y un Sujeto encargado de revolución. Entre ellos, un pasado histórico que no deja de alimentar su odio mutuo. Ante ellos, un futuro que sólo llegará si consiguen cambiar su contencioso en fuente de genio desconocido hasta ese día: el del género humano. Para su advenimiento habrá trabajado la Historia. Apostar a que no fue en vano.

*

La necesidad de apoyarse en un saber, un poder, un nombre, una ley, un contrato, una prueba –necesidad de pertenecer y de poseer– es cultural. La naturaleza nunca se llena si no es para tener de qué vaciarse, e inversamente. La poesía, que se apoya en lo insondable, sólo cuenta con el milagro –la abolición del azar– para asegurar su continuidad, sobre su agotamiento para garantizar su rebrote. Sobre su muerte, para ganarse la vida. Mientras se debe a alguien o a algo distinto de sí misma, al renombre del poeta o a la belleza de un poema, la poesía se sabe cautiva. Sólo alcanza su plenitud en las bodas del poeta con su propia muerte.

La desdicha viene a la consciencia por haber repudiado a la muerte, pero, a su vez, no podía crecer más que en la brecha repulsiva que se abrió entre la vida y la muerte. A ella corresponde ahora unir sus extremos, recuperar la memoria ígnea de su simultaneidad.

*

¿Cómo transgredir el Orden del Padre sin caer en la trampa del desorden, sin ser devueltos atados de pies y manos a una

jerarquía triunfante? ¿Cómo escapar lúcidamente a la fatalidad de la Historia por una vía distinta al suicidio?

Encontrar el paso exige que el pensamiento se libere, de decepción en decepción, un conocimiento personal –no ficticio– del impasse. Que se ponga a sí mismo en peligro, en situación de doble o nada. La espectacular puesta en escena del *to be or not to be* le hace, sin lugar a dudas, el juego a la fatalidad. Al solitario que alcanza *el final del señuelo*, en ausencia de todo espectador, corresponde hacerse la pregunta con más posibilidades de pasar, de encontrarse de pie, en el lado de la respuesta.

La vida misma es la única que puede pulverizar el obstáculo respondiendo: *to be is not to be*. Cuando se produce el relámpago segundo en el cielo mental, se abre la salida no fatal. La cabeza pasa primero, corazón y cuerpo la siguen.

*

La generosidad es de fuente edénica. La Historia es la historia de su agotamiento.

*

Sólo nos sobrevenimos de las pasiones vividas hasta su término, en el instante mismo en que su comienzo y su fin se unen para liberar su sentido. La luz del comprender es negra, se reconoce por su bondad. No hiere el alma, la cura y la alimenta. La fuente de esta leche negra es la que deseca la razón cuando funda su reino sobre la obsesión de lo blanco.

*

Rimbaud preveía que las mujeres poetas volverían a parir la eternidad: había visto que nunca fueron separadas de ella.

La hazaña del pensamiento de las mujeres no es encarnar la memoria del fuego, es haber sobrevivido, siglo a siglo, a las pruebas de la hoguera, del linchamiento, del hospital psiquiátrico. Será inventar las lenguas de la gran distancia entre la *arkhê* y la *tékhnê*, y transmitir su uso a los hijos del siglo por venir.

*

El pensamiento no puede seguir su propio rastro hasta encontrar la memoria de lo innato si no es superando el terror a perder su bagaje. Esto supone que *no se demore en la rutina de los resultados*. (René Char)

*

Dios es inherente a la mentalidad patriarcal. Al no poder prescindir de Él como tesis o antítesis, como hipótesis o síntesis, la razón cortada de la memoria de Ella vuelve siempre a Él. Todos los caminos de la fe y de la razón llevan a alguna parte en el pasado: a Atenas, a Roma, a Jerusalén... Los de la poesía llevan a sí mismo, es decir a ninguna parte y a todas partes. Mientras que el verbo del poeta masculino no deja de alimentar los discursos científicos del Sujeto de la Historia, el de la mujer *pasa*, desapercibido, a la posthistoria. A condición de que se rompa en ese pasaje el cascarón de madre donde la amante está encerrada.

*

Rimbaud predecía que la devolución de la mujer a sí misma estaría en el origen de una mutación de mentalidad. Expulsar a una mujer a su soledad es forzarla a volver a parirse para es-

capar del suicidio o de la locura. Hacer del expulsor el objeto de otra expulsión fue la respuesta feminista radical a la misoginia fundadora de la filosofía occidental. Pero entre estas dos morales simétricas, ambas determinadas por el principio de exclusión, está la vía poética. Una mujer no puede emprenderla con posibilidad de éxito si no la mueve el amor incondicional al amor. La primera operación mental que exige esta búsqueda del paso es la alianza con el hombre-hermano, que implica la ruptura con el “hombre de piedra”. Ello supone sacar a la luz a la hermana mientras que la madre y la hija –sus acompañantes– quedan en la sombra. La hermana conducirá la barca que debe pasar por el estrecho entre un patriarcado intelectual autoritario y un matriarcado afectivo no menos abusivo. En el ensanchamiento del paso, el horizonte de la fraternidad.

*

Donde se cruzan la mirada del águila y la de la lechuza, todo lleva a pensar que puede nacer una visión humana de toda cosa.

*

Llevo de ti lo que te cogí, lo compartimos para siempre. ¿Qué habría hecho yo con lo demás si por desgracia me lo hubieras dado?

*

En el corazón del libro, tomar conciencia del asedio que me supuso pensar desde que se despertó mi memoria edénica. ¿Asedio a qué? El Objeto en cuyo derredor gira mi pensamiento es lo no-dicho, lo maldito, la prohibición de decirse recor-tándose contra la luz que se hace del conocimiento de sí. Todos mis libros son circulares, anulares, concéntricos, movidos por la irrefrenable voluntad de comprender, de hacer cabal balance.

*

Entre la memoria edénica y la memoria infernal, el mal –inherente al yo– se mira como propiedad: materia de sí. Quien permanece privado de esta bipolaridad mental carece de *antro* purgatorio donde pueda producirse la alquimia del verbo. No podrá ver en el mal más que una fatalidad que hay que sufrir o hacer sufrir.

*

El mal nos llega al mismo tiempo que el aire y la tierra, mientras que nuestra madre nos pare. En su vientre no conocíamos más que el genio creador de *el mar yéndose con el sol*. En cuanto el cordón se corta, el mal está hecho: nuestro ombligo ya no

dejará de evidenciarlo, ni nuestra existencia de girar a su alrededor.

*

Hacer la propia perla: imperativo del alma cuando, sustrayéndose vitalmente a la dictadura de la civilización, se abre desde su fondo al dictado de la *arkbé*. En ello se emparenta con la ostra.

La perla negra anuncia la asunción de lo Impuro.

*

En la existencia cuya ética es lo poético, la inadecuación del acto y de la palabra es inmediatamente sancionada por la consciencia de un alejamiento insoportable, de una falta de autenticidad que exige rectificación ya sea del lado del acto, ya del lado de la palabra.

*

Es necesario que el alma demuestre insolencia para alterar el orden intelectual: esto le cuesta su reputación. Aprende a su costa que toda reputación es para ser perdida.

*

La utopía poética ya no es ni más un producto de la imaginación lunar que de la imaginación solar, ni proyección del Sujeto de la Historia, ni su avance sobre los territorios del futuro. No ficción, sino anticipación. Agotadas las vanidades, es la alternativa al suicidio, la única salida para una consciencia que se despierta en un espacio mental que se le ha vuelto inhabi-

table. La utopía poética sólo puede construirse y organizarse sobre las tierras nuevas de lo inesperado. Donde son incultivables la ilusiones, las creencias y las esperanzas propias del imaginario nostálgico. La utopía poética adviene en el momento y lugar en que el pensamiento, consciente de haber agotado todas sus razones para sufrir, puede decirse con franqueza: no te sucederá nada que tú no hagas suceder. Ser o no ser: ahí ya no está la cuestión. Ser sí mismo es encarnar lo que nunca tuvo ocasión de existir. A partir del instante en que la poesía comprende que *será hacia adelante* dejará de ser, se vuelve filosofía de la creación. Con su potencia de utopía, la poesía entra en su edad política.

*

Y ahora, salir del libro donde mi pensamiento ha creado el espacio de su propia comprensión. Que su última página responda a la primera. Unir sus extremos para tener la fuerza de expulsarme de él.

Desde el interior del libro percibo el exterior, no ya como un muro de sordera, sino como una demanda a la que publicar será responder. ¿Deseo hecho realidad? Fin del exilio de la poesía, exculpada por la perfección misma de su ausencia de acción en la Ciudad. Complicidad entre la enteramente presente en el interior y la enteramente ausente en el exterior. Gemelas escribiéndose, telefoneándose de un extremo al otro de la Historia, informándose, sustentándose la una a la otra. Por fin unidas. Lengua desatada. Riéndose de la prohibición de hablarse, de divulgar el secreto de la Incógnita. Lo compartirá el oído capaz de interceptar la comunicación, curioso de oír lo que se dice, de leer lo inaudito que se edita sobre el encuentro aquí y ahora de la salvaje y la civilizada, de la original y la actual.

*

El *yo* literario no puede fundirse con el *otro* sin perderse, sin entrar en el campo magnético de la poesía, sin exponerse a las radiaciones de la X. La literatura sobrevive al límite de sí misma mediando el sostenimiento de una duplicidad mínima. Pero prospera al hacer más complejo el dédalo que separa la memoria de las palabras de la memoria del silencio. Al protegerse del peligro de transparencia. Riesgo que, para asumirlo, exige que el escritor se haga poeta. Que renuncie a la prolijidad del Sujeto. El más alto riesgo se corre cuando la vida misma *interviene* en el alma, cuando la fuerza de atracción del silencio-luz domina sobre el miedo que tiene el Sujeto a perder *la salud de la desdicha* que le hace escribir.

La literatura se aferra a su duelo del paraíso como a la niña de sus ojos. A la incurabilidad del alma como a la condición misma de su existencia. La nostalgia del silencio es materia inagotable de literatura.

La ficción no tiene peso humano, gravedad, si no es regresando minuciosamente sobre sus pasos, siguiendo sus propias huellas con objeto de cercar lúcidamente la falta de presencia real que expresa. Al borde del abismo es donde la literatura se cruza con la poesía, donde *se miran* la una a la otra. Donde se reconocen.

*

Si es cierto que el final de la Historia es anunciado por aquellos y aquellas que lo reclaman con todas sus fuerzas, ¿quiere esto decir que está desprovisto de objetividad?

Objetividad, he aquí la noción clave de la Historia que hoy es necesario volver a pensar, puesto que se escribe con doble sentido. En este fin de siglo se ha producido una catástrofe so-

bre la que ninguna disciplina científica podría teorizar sin invalidarse a sí misma: la implosión de la mentalidad triangular. Existen en relación continua, ya no accidental, dos subjetividades cargadas de sentidos contrarios. Sujetos y objetos el uno del otro, dominante y dominado entran en una cuaternidad relacional donde el Orden jerárquico desaparece sin que fatalmente le sucedan el terror y la anarquía. El diálogo es el lenguaje obligado de esta relación mayor que no tiene precedentes en la Historia, que se encuentra por tanto en la absoluta necesidad de inventarse, sobre la marcha, un *modus vivendi*.

*

Al despertarse el otro, yo escribe la Historia de otro modo. Hay, desde ese momento, en presencia dos voces que se contravienen sin que la legitimidad de la una se pueda imponer sobre la legitimidad de la otra.

El *estatuto epistemológico* de la contradicción se transforma radicalmente cuando yo, tú –sujetos– y yo, tú –objetos–, conversan, mantienen con franqueza el lenguaje propio de cada uno, de cada una. Cuando *se* hablan, cuando *se* escriben, ya no es lo que cada uno dice sino lo que *se* dice, lo que *se* escribe, lo que *se* revela, lo de quinta-esencial que *se* produce entre ellos cuatro, que lleva en sí la posibilidad del advenimiento de *nosotros*.

*

¿Hay un pensamiento propio a esta forma de alteridad que es lo femenino? O bien ¿es lo masculino lo que se afirma en ella cuando una mujer se pone a pensar? ¿Es el pensamiento necesariamente falocéntrico, totémico? ¿Y de ahí que lo femenino le resulte fatalmente tabú? Parte diabólica cuya maldición debe el pensamiento repetirse incansablemente, so pena de perderse. ¿Hay que comprender que si no hay más Orden que el del Mismo, el pensamiento sólo puede perpetuarse con el sacrificio de la verdad propia del Otro? ¿Está el pensamiento del Sujeto femenino condenado al silencio o a la marginalidad? ¿A no tener cabida en la Ciudad más que por infracción o por argucia?

El Estado patriarcal está fundado sobre la misoginia. Donde ésta desaparece aquél se derrumba. He aquí una verdad cuya objetividad se desvela. A partir del momento en que la ausencia de las mujeres sobre el tablero político se vuelve un parámetro de la Historia, ningún proyecto de sociedad puede fingir ignorarlo.

Pero reconocer esta verdad, supone sospechar otra: el núcleo duro de la misoginia no se forma en la mentalidad masculina. El lugar de su más perfecta fijación es el inconsciente profundo de las mujeres. Mientras que no tengan acceso a él, ninguna mutación benéfica de la relación humana podrá producirse. El obstáculo contra el que no deja de quebrarse su vo-

luntad de estar en el mundo tal y como ellas son en potencia, de *vivir por ellas mismas y para ellas mismas*, es el muro de la auto-censura. Sólo un trabajo de indagación de lo inmemorial puede liberar la auténtica palabra política de las mujeres, si es concienzudamente llevado a término: la anamnesia de la mutilación mental que origina su silencio.

*

Al final de su trayectoria, la razón occidental es impotente para enmascarar su venalidad. Puesta al desnudo, a la vista y al conocimiento de todos, es precisamente esta esclavitud absoluta del Amo de la Historia respecto al *tener*, lo que produce sentido ante la mirada del Otro, le da que pensar. En el grado cero del *ser*, el dinero se convierte en amo del juego político.

En este punto de su declive está Occidente. Y nosotras nos miramos, nosotras las mujeres, preguntándonos la una a la otra y cada una a sí misma lo que pensar quiere decir cuando *yo* es una mujer.

Intentar leerse entre las líneas del discurso reinante. Dar cuerpo de escritura a la Ausente. Recuperar la memoria del verbo en el grado cero del Nombre, la memoria de la luz en el grado cero del sonido. Volver a parir aquí y ahora el verbo de la *arkhé*. No ser más la musa o la egeria sino la huésped del “des-oriente”, ocupante resucitada del vacío de memoria que funda la Historia. Biógrafa legítima de la vida misma.

Así, traer al mundo otra inteligencia de las relaciones humanas del ser, del hacer y del tener.

*

Lo femenino no piensa, ésa no es su función, no han dejado de afirmar los amos-pensadores desde la fundación de la His-

toria. Lo femenino obtiene su ser, si ser tiene, del ser masculino, como la luna obtiene su luz del sol. De suceder que una mujer piense es contra su “naturaleza”, es que la virilidad en ella ha superado a su feminidad. Al ser la virilidad de una mujer despreciable respecto a la de un hombre, su pensamiento será irremediabilmente imitativo, es decir, menor. Este juicio de los amos, con fuerza de ley, expulsó a las mujeres a la esfera privada, sin otro acceso a la ciudadanía que por procuración, en tanto que hija, esposa o madre de un hombre. Excluidas de los asuntos públicos al mismo título que los niños, los esclavos y los poetas.

La sociedad está mortalmente enferma de la misoginia en la que se inspira su ley. El proceso a la Historia no puede abrirse benéficamente más que allí donde el *mal* está cercado, localizado. En la memoria de las mujeres –precisamente en la bisagra entre la prehistoria y la Historia– es donde el absceso maduró y donde se hace curable.

¿Qué crimen inicial ha de rememorarse, oculto por el relato del asesinato de Abel por Caín? ¿Qué antepasada pre-bíblica hay que exhumar de lo inmemorial para dejar de ser reclamada por ella?

*

En la exigüidad de una *habitación propia* es donde la sospecha nace y crece, donde dudando de la validez de los fundamentos del juicio masculino que rige su existencia, una mujer investiga, instruye el proceso de la Historia que se ha fundado sobre este juicio. Donde sigue las huellas de la memoria de las palabras y de los mitos que la conducen hasta el campo donde mana el verbo, donde conecta con al magia original del pensamiento.

Si lo femenino no piensa, es, en todo caso, capaz de *pensarse*. En tanto que Objeto que se toma como objeto de cono-

cimiento, lo femenino pensado se eleva a sí mismo a la potencia de Sujeto. Subjetividad auto-generada. Apta para desplazarse de abajo a arriba y de arriba a abajo en el curso de la memoria.

Excavando el suelo del más ínfimo espacio-tiempo de libertad conquistado a ultranza, una página propia, es como una mujer explora su diferencia, como descubre su vacío no como vacuidad sino como profundidad, memoria vertiginosa de la vida anterior a la consagración cultural del Padre y de la Madre. Allí, ningún rastro de símbolo: todo signo de vida hace signo de muerte y recíprocamente. Simultáneamente. Dia-bólicamente.

*

Explicar la fatalidad del mal por la rivalidad entre los hermanos, por la teoría del *deseo mimético*, es manifestarse como patriarca en el corazón mismo de la modernidad. Y por eso mismo, forzar a la palabra de la hermana a que se libere. Nada más eficaz que la prisión de una teoría para apremiar al deseo a recuperar su lengua. El deseo de conocerse, de fundirse con la integridad de sí mismo es infinitamente más violento, más irrefrenable que el deseo de poseer a alguien o a cosa alguna. De ahí el terror que inspira a la consciencia cuando se adueña de ella. De ahí la implacable inquisición de que ha sido objeto cuando su palabra viene a amenazar el Orden de lo Mismo.

*

Prisioneros de esta soledad cruciforme que es un cuerpo erigido entre la atracción del cielo y la de la tierra, no tenemos más problema que el de habitar esta finitud y abandonarla lle-

gada su hora. No hay salida que encontrar salvo en el corazón del laberinto y es la propia búsqueda de la salida la que lo hace habitable.

La experiencia poética me enseña que una consciencia iniciada a la integridad de su territorio está estructurada como una cuadratura que comunica con “lo altísimo” –el puro deseo del espíritu– por un movimiento espiral, y con lo “bajísimo” –el puro deseo de la carne– por el mismo movimiento invertido. Movimientos análogos: el uno cima que escalar, el otro sima que explorar. El éxtasis de la cumbre se paga con la noche de los sentidos; el del abismo con la noche del espíritu. Los vínculos –de doble sentido– que unen los ocho puntos angulares de esta consciencia cúbica con la cumbre y con el fondo se cruzan en su centro. Este no-lugar de los *diez* lugares mentales es la hoguera de generación del sentido de la que se informa el *decir* certero.

Es posible que esta geometría interior evoque figuraciones pitagóricas, cabalísticas, alquimistas... Pero rechazo referirme a ellas, pues correría el riesgo de alterar la autenticidad de mi relación conmigo misma, de paralizar su movimiento y de hacer zozobrar mi búsqueda. Sólo quiero parir una lengua metamórfica para dar testimonio de ella, por pobre e inculta que sea, con tal de que sea certera. No me conozco otra vocación más que la de encarnar aquí y ahora la ciudadanía poética.

*

Trabajar para comprender es volver incansablemente sobre los pasos de la experiencia que tengo, que soy del amor, del odio, de la muerte. A los lugares de un conocimiento inmediato que remueve sin cesar el fondo de la memoria, despertando en ella las huellas de una prehistoria con la que me fundo en un mismo cuerpo renaciente. Con este cuerpo de escritura

transgresiva, entro en la posthistoria. Entre la original y la actual, toda una vida para despertarme continua, cuerpo presente con todas las edades, curado de su “esquicia” y cuya poesía le exige que traiga su palabra al mundo.

*

Para sustituir la ley de la vida por la del Padre, había que exterminar a la posteridad de aquella que, a la vez lunar y solar, siéndose hermana y hermano para sí misma, hablaba la lengua dia-bólica de la *arkhé*, había que maldecir esta lengua instintiva cuya magia es incompatible con el reino de la razón distintiva.

Sobre el asesinato de la Impura se fundó la Historia.

*

La rivalidad entre hermanos –sin la cual la ley del Padre carecería de objeto– es el efecto de la maldición del verbo de la hermana. Cuando, al final de la Historia, la palabra maldita da muestras de ciudadanía, el Padre y la Madre laicizados –literalmente deshisterizados– se vuelven un hermano y una hermana entre los hermanos y las hermanas. No hay comunidad posible si no es la de personas con responsabilidad ilimitada.

Lo que vuelve tan mortífero el paso de la patria a la *fratria* es la extrema lentitud del verbo de la hermana para liberarse del yugo de la autocensura.

*

En unos decenios, con sus botas de siete leguas, la mujer ha recorrido milenios de retraso sobre sí misma, ha encontrado las palabras para escribir su dolor y su odio, su necesidad loca de

juzgar sumariamente a sus jueces, de ejecutar a sus verdugos, de encender hogueras para el Inquisidor. De este modo el mal tomó cuerpo de escritura. Cuerpo sufriente de la diferencia que poder observar. En el que leerse y releerse. Cuerpo para amar, para escuchar, para conocer, para sanar. Curarse pensándose. Hacer el milagro.

*

Antes de la sexuación, el hermafrodita. Naturaleza inmersa en la naturaleza. Absolutamente dependiente de ella. Se produce en el seno de lo homogéneo un movimiento autógeno. Posibilidad de lo heterogéneo. El pensamiento en busca de sí mismo percibe este primer movimiento de individuación de forma retrospectiva. Experimenta reflexivamente que ha necesitado la tensión de una energía, la puesta en marcha de una fuerza centrípeta, de una función ordenadora que no podía dejar de crear su órgano.

Este movimiento originario, que sólo puede percibir la memoria vacía, desposeída de toda representación ¿no es la primera intención de autonomía de una especie con respecto a la madre naturaleza? ¿Proyecto de separarse de ella para ser sí misma? Percibir ese movimiento inicial del deseo es comprender que su móvil es la libertad. Que el deseo de *ser* sí mismo precede a la envidia compensatoria de *tener* lo que el otro tiene.

Este conocimiento de la esencia del deseo sólo puede ser iniciático.

La génesis de la sexualidad, tal y como una poeta la rememora, abole la credibilidad de cualquier representación según la cual la mujer habría sido extraída del hombre. Toda existencia de hombre o de mujer está ligada a la vida por la memoria del útero. Su pérdida legitima la erección del Tótem. Allí

donde la memoria del útero recupera su lengua, el falo teme perder la soberanía de la suya.

*

Lo lleno piensa, lo vacío se piensa, si no es totalmente requerido por la procreación. Lo vacío es a la vez el lugar de la gravidez y el de la gravedad.

El Sujeto masculino se distancia de la naturaleza haciendo de ella un Objeto, proyectando ser su *amo y señor*, lo que implica que se convierta también en amo y señor de las mujeres, puesto que es a través de ellas como la naturaleza amenaza en todo momento con desbordar el Orden simbólico. Incluso André Breton no duda a la hora de escribir: *Pues, ¿no es lo esencial que nosotros seamos nuestros propios amos y los amos de las mujeres y del amor también?*

*

Ser sí mismo es ocupar en el tablero el puesto del alfil. Desplazarse diagonalmente a través de las casillas de la identidad y de la alteridad. Pero para tomarse creativamente la libertad de ir al sesgo, hay que haber integrado el sentido de ir al hilo.

*

La diferencia sexual es materia de pensamiento que la identidad masculina no puede apropiarse puesto que la historia de lo femenino, no escrita, mantenida *sin libro*, escapa a la percepción intelectual. El Sujeto de la Historia, que se aferra a su misoginia como a la condición misma de su reino, no puede, sin autodestituirse, reconocer a la Hija en tanto que Sujeto pensante.

En la época en que el *sí mismo* de las mujeres se escribe y se publica, la diferencia sexual se está volviendo impropia para crear fantasmas. Se presta más a pensar que a ocultar. De ahí el recurso del Sujeto masculino a la violencia real o a la castidad.

La cuadratura mental de la relación de los sexos –el nacimiento de un nuevo imaginario– no se producirá más que al término de su guerra, cuando el *sí mismo* de las mujeres y el de los hombres se vuelvan el uno para el otro objeto del deseo de conocerse, de entredecirse y de entreleerse, materia de revelación mutua. Allí donde la sexualidad encuentra su lengua dialogística, la carne deja de ser triste.

*

Cuando el Sujeto femenino se despierta, su falta de historia escrita se encuentra confrontada a la omnipotencia del Libro del Padre, al patrimonio colosal del credo y del *cogito* que lo enfeudaron. El hilo de su pensamiento nace de una lectura a contratiempo, de una deshiladura del texto patriarcal que sólo él puede hacer creativamente.

A través de la escritura de las mujeres es como la hermenéutica poética entrará en la mentalidad contemporánea. Como un aflujo de sangre nueva.

*

R.I.P.

Abismar el abismo, abismarme concienzudamente hasta poder reconocer en mí ese lugar del pasado donde yacía la posibilidad del futuro. Descender hasta cercar la fosa en la que se enterraba la verdad cuya liberación ha inspirado secretamente mi recorrido. El objetivo de la búsqueda, encontrar la cripta, sólo se reveló al alcanzarlo. ¿Quiere esto decir que sólo podía superarse imprevisiblemente? ¿En el propio asombro de descubrir la osamenta de la primera castigada?

Del asesinato de *ella* en nombre del Padre, no podía quedar rastro si no era enterrado en lo inmemorial. Para la fatalidad de un sacrificio tan perfectamente ocultado, ritualizado y asimilado a la cultura, hasta ser indisociable de ella, ninguna otra salida salvo la obstinación indagadora de la escritura en busca de las fuentes prehistóricas del pensamiento.

*

En cuanto la Identidad del Padre deja de honrarse con el sacrificio de las hijas que han *visto al diablo*, la poética del cuatro excede la lógica del tres. Desde entonces, cultura y naturaleza –*sumbolon* y *diabolon*– han de inventarse formas de alianza absolutamente nuevas.

*

Obedecer a la vida cuando nos intima a traer de nuevo su palabra al mundo es franquear a la inversa los círculos cada vez más estrechos de la memoria histórica. Literalmente, anularse. Hasta el final de la búsqueda, Ella me dejó ignorar que yo buscaba a un cadáver.

En la última etapa de la excavación, el miedo ya no me precedía, ya no estaba ante mí para disuadirme de ir más lejos. Al girarme tras la apertura de la cripta, constaté que tampoco Ella me seguía. El miedo había desaparecido. La Vida me sonreía.

*

De este asesinato ritual fui víctima inmediatamente después de mi bautismo de fuego. Conocía la falta original por haberla cometido y enseguida pagado, sin haber tenido siquiera el tiempo de gritar. En el ahogamiento del grito de dolor es donde se origina mi necesidad vital de escribir, en la hipersensibilidad al crimen de censura cometido en la fuente misma del verbo. Este asesinato perpetrado en el cuerpo de la lengua de Ella, lo he revivido después mil veces, lo he reconocido tan idéntico a sí mismo en toda circunstancia que me veía asistiendo, impotente, a su trivialización en mi propia existencia. Yo era una salvaje que participaba, lúcida, en su propio exterminio.

*

A fuerza de sufrir la inquisición, una zahorí siente llegar al cortador de lengua como la presa olfatea la proximidad del predador. Sólo se calla con vistas a un beneficio de lucidez. Así se enriquece con una inteligencia física del mecanismo sacrificial, o sea con la posibilidad de superar su fatalidad. A falta de víctima, el ritual se pierde, provocando el hundimiento de la estructura mental cuya estabilidad condiciona.

Retirarse legiblemente del triángulo patriarcal, edificar la propia cuadratura por delante de la Historia: así se autoriza pacíficamente la ciudadanía posthistórica de la poesía.

*

Si mi espíritu se había liberado mucho tiempo atrás del triángulo, me es claro ahora que mi cuerpo se resistía a seguirlo. Caía una y otra vez en el abismo de su propia memoria, en busca de una fosa de la que yo ignoraba que contuviera la osamenta de quien fui, milenios antes de ser la que soy.

*

La voluntad del espíritu, si no se hace una con la del cuerpo, permanece impotente para *cambiar la vida*. La fatalidad de la Historia, causa y escenario de su esquicia, no puede ser superada más que por la fuerza de la connivencia entre ellas. No bastaba con recuperar la memoria de la *arkhé*, ni con denunciar el principio culpable de su pérdida. Aún era necesario descubrir en mí las huellas físicas de la primera sacrificada en nombre del Padre. Hacer con ella un sólo cuerpo de luz negra, a fin de que pudiera habitar el libro de la hermana.

*

Dar jaque a la fatalidad del crimen, del suicidio o de la locura apropiándose de nuevo del espacio-tiempo íntegro de la memoria. Hacer de él una tierra propia. ¿Tierra para cultivar? ¿Tierra para construir? Primero para excavar. Mientras que el cadáver de la zahorí yazca en nosotras sin sepultura, mientras que su alma siga errante por los infiernos de lo inmemorial, seguiremos condenadas a nuestra condición histórica.

*

Ahora, abandonar la fascinación por la palabra *cripta* encarnando el verbo *desencriptar*.¹ La cripta como vientre segundo, desde donde volver a parir el verbo de Ella. Me gusta en este momento esa palabra más que ninguna otra. Pronunciarla me produce el goce del descubrimiento en mi propia memoria de la gruta prebíblica donde estaban enterrados los restos de la *primera que llegó*.

Fue tan sobrecogedor, tan real, que habría podido contar sus huesos. Esos huesos que me hablaban carnalmente de ella.

*

Habiendo acabado el tiempo su obra de putrefacción, la apertura de la cripta ya no puede ser causa de infección sino motivo de autosanación de la memoria. Habrán sido necesarios siglos de alquimia oculta para cambiar el verbo maldito de la zahorí en remedio para la muerte del alma.

*

Como los bosques y los animales tragados por los grandes seísmos, el pensamiento mágico sepultado en los fondos de la memoria se metamorfosea en yacimiento de energía que se vuelve creadora al término de una larga sucesión de pruebas. La luz negra no asciende a la consciencia si no es vitalmente requerida allí por el agotamiento del sentido de la Historia.

¹ N. de la T.: Aquí se hace posible una traducción literal del verbo francés *décrypter* que significa "descifrar", porque la autora también lo emplea en el sentido de "sacar de la cripta".

¿Quién podría ya impedir a *la extranjera* que cultive su lengua en las grietas de la mentalidad xenófoba?

*

Sé ahora que en esa radiante sonrisa de Ella el espectro de la “locura de las mujeres” se ha disipado como un banco de niebla bajo el sol. No volverá más. Mi memoria ha dejado de ser perseguida por la Ausente de la Historia, en el preciso instante en que ha encontrado su huella, reconocido sus huesos.

Al final de la excavación, ¿qué puede encontrar una hija bajo los cimientos de la ciudad del Padre? Ningún signo funerario. Huesos, unos cuantos huesos largos, ni siquiera un esqueleto. La “calavera”, de la que la literatura y el arte han hecho un símbolo privilegiado, faltaba. El cráneo, por su ausencia significaba... Su presencia me habría resultado sospechosa de cultura, habría supuesto un obstáculo para que mi carne reconociera los huesos de la muerta. Su paz me advino inmediatamente. Con la certeza de que la memoria del cuerpo no reconoce más que a los cuerpos, vivos o muertos. Ella no tiene ningún interés en los símbolos. “*Las almas tienen olfato en el Hades*”. Hay que haber olfateado por allí hasta desenterrar los huesos de la primera maldita para comprender lo que Heráclito quería decirnos.

Perras, Se dirá...

*

Cumplido el acto de piedad sororal, volver a inhumar en el fondo de mi corazón los huesos de aquella que decía la verdad tal cual Ella era.

¡Que la hija del diablo descanse en mí en paz!

*

Salir del libro. Entro en el vacío que sigue a su escritura y que precede a su edición. Llega el momento de abrir la casa de la hermana a la lectura. Escribí en la primera página: “No me marcharé sin antes haberos entregado las llaves, sin haber saldado mis últimas cuentas con la Historia”.

Si el último objetivo de la poesía que piensa es la libertad, el término llega en que ya sólo piensa en expulsarse del libro. El espacio-tiempo de su gestación se le vuelve prisión. Agotada de sedentarismo, la nómada ya sólo desea partir, abrirse un camino en el mundo desconocido que tiene ante sí. No donde callarse sino donde poder decirse según la infinita variación de su verdad. No renunciar a la escritura sino inventarse más allá del libro una oralidad segunda, capaz de crear el oído justo al cual se destina. Literalmente encarnar la voz de la ciudadanía poética.

El libro donde permanecen simbióticamente ligados el Sujeto que se escribe y el que se lee es aquel espacio pasional a puerta cerrada que refleja la *Estación* de Rimbaud: pareja gemela víctima del infierno de una matriz sin salida. Esa salida, acabará por verla (gracias a la carta llamada *del Vidente*). Al cabo de su parte del *horrible trabajo*, antes de pasar del libro al desierto, nos entrega su último horizonte: no ve más que el verbo de la hermana para sacarnos sanos y salvos del vientre histérico de la Historia. Mensaje viático del hermano prisione-

ro de la fatalidad, a su hermana presa, también, del *horrible trabajo* de traer su verbo al mundo. Este acto de fe en la mujer ha tirado incesantemente de mi palabra hacia fuera de su propia matriz.

En la salida del libro de la hermana, Yo y el Otro, iniciados a su consubstancialidad original, deben poder separarse. No por un acto mutilador de la razón di-visionaria, sino por desdoblamiento dialogístico de la identidad y de la alteridad, aptos por fin para el *gran juego* relacional de la madurez. De este doble juego de Yo y del Otro es de donde se libera el verbo quintaesencial de la extrañeza, la ciudadanía imprevisible del tercero impuro.

Con este primer paso más allá del libro, con este adiós a la Historia, a mí me corresponde hacer un signo de verdadera vida. A mí, que estoy en suspenso en el vacío *posparto*, me hace falta, para poder abandonar legiblemente el lugar, acabar de separarme de él, lanzarle una última mirada desmitificadora.

Mientras que paría un libro, ese libro paría a otra mujer. La solitaria daba luz a la solidaria. De la hermana, hoy sólo sé que nació del libro, del trabajo de excavación que se ahondaba de libro en libro y que, en éste, llegó a su fin. En el punto de unión del campo arcaico y del campo histórico de la memoria, encontré la cripta que sólo reconocí como objeto de mi búsqueda en el preciso instante en que se abrió bajo mis pasos.

Este reconocimiento de las huellas físicas de la maldita fue el acontecimiento del libro de la hermana. Cuando la luz negra que bañaba la cripta se expandió en mi memoria, se hizo la paz instantáneamente, como si fuera lo único que ella hubiera esperado desde el principio de la Historia.

Lo que la poesía quería de mí, ahora lo sé, era este *réquiem* por la hija del diablo.

*

Lo que exigió enseguida ser comprendido y significado fue la simultaneidad de la apertura de la cripta (el desvelamiento de la cosa oculta desde la fundación del mundo histórico) y la irradiación de mi vida por una paz abisal, que no tiene nada de beatitud, que experimento como el efecto de una curación súbita de mi memoria. De un milagro de la fe en Ella, de la fe en sí mismo. En este momento, mi pensamiento ha perdido su antiguo móvil: lo siento desmovilizado, como se dice de un soldado cuando la guerra ha terminado. He de aprender a encarnar la paz que me ha conquistado. Porque tal es realmente la salida de mi guerra: es la paz la que ha terminado por ganarme. Soy un territorio conquistado por la paz. Al disponer de mí, me convierte a ella. Me instruye sobre sí. Me moviliza a su vez.

El paso entre guerra y paz no es prueba desdeñable: la travesía del vacío. Después de la fascinación del milagro, la insipidez descorazonadora de una existencia bruscamente desocupada.

*

Con la pacificación de mi memoria, el final de la Historia me ha llegado personalmente. Sé ahora que la curación de la memoria de las mujeres sólo puede producirse por un retorno decisivo de su pensamiento a los lugares de la mutilación que funda el patriarcado. La zahorí sólo podía entrar en la Historia con la lengua cortada.

*

La apertura de la cripta es un suceso autobiográfico que se produjo en un lugar de mi memoria anterior al Libro que hace ley. Entre el campo mágico y el campo lógico del pensamien-

to, son los huesos de Lilith los que dejan huella de presencia real. Huella de crimen entre el estado salvaje y el estado civil. La he recordado. Me he sobrevenido desde ella. Escribir se me hace hoy explotar el yacimiento de inteligencia que se ha formado ahí, a espaldas de los amos-pensadores, al hilo de los milenios. En la escritura del libro de la hermana se ha producido un abismamiento, una búsqueda lograda de la desaparecida que pertenece no sólo al orden del duelo y de la absolución sino también al de la resurrección. Al de la rehabilitación del tercero impuro.

Levantar la falta, el defecto de continuidad entre naturaleza y cultura encontrando la memoria del territorio original del pensamiento. Allí, romper con el ritual del sacrificio. Interrumpir la cadena de transmisión de la desdicha.

*

¿Hay que salvarse, por tanto, a sí mismo? ¿Liberarse del mal antes de fenecer? ¿Morir libre? ¿Morir curado? Comprender con urgencia que cada uno tiene, hacia los hijos del siglo venidero, el deber último de realizarse, de liberarse del mayor de todos los males: faltarse a sí mismo. Deber de transmitir el secreto de la *gran salud*.

*

Entre los huesos de Lilith y los de los osarios de Auschwitz, hay para mí una obsesiva continuidad, la inteligencia de una causa común que, llegada al término de su palabra, busca salir a la luz: es la memoria del genocidio mental que hay que remontar para encontrar las raíces de la xenofobia.

La condición misma del advenimiento y de la perennidad de la civilización monoteísta es el exterminio del pensamiento sal-

vaje, la maldición del verbo hecho mujer. La misoginia es la madre de la xenofobia ¡no a la inversa! Está en el origen del mal cuyo misterio hay que preservar o desatarle la lengua, según se preconice el mantenimiento del Orden patriarcal o se busque el desarrollo de una fraternidad posthistórica.

A partir del momento en que las mujeres comprendan que su memoria profunda es el único lugar donde se puede cercar, hacerse consciente el origen del mal, que depende de ellas que ese mal –que en el nombre del Padre debe permanecer incurable– encuentre las palabras para escribirse, el porvenir de la humanidad está en sus manos, en su obstinación por llevar a término la obra de transmutación del pecado original en fuente inagotable de genio humano.

La posthistoria no puede realmente comenzar si no es poniendo al descubierto el resorte de la Historia.

Marzo de 1992.

ÍNDICE

NOTA DE LA TRADUCTORA	9
LA CASA DE LA HERMANA	15
LA PERLA NEGRA	37
EN NOMBRE DE LA SEMILLA	53
MEDITACIÓN SOBRE LA NATURALEZA DE LA INCÓGNITA	75
EL TESTAMENTO DE ANTÍGONA	95
ASUNCIÓN DE LO IMPURO	109
VOLVER A PARIR LA POESÍA	115
<i>R.I.P.</i>	125
EPÍLOGO	131

Esta edición de
EL LIBRO DE LA HERMANA,
de Claire Lejeune,
se terminó de imprimir
el día 30 de abril de 2002



Sobre las ruinas de la “casa del padre”, se ha construido la “casa de la hermana” donde la salvaje y la civilizada, *unidas*, convivirán en adelante. En esta nueva estancia mental es donde Claire Lejeune “saldas sus últimas cuentas con la historia”, donde la arcaica y la moderna se inventan una lengua mestiza que orientará a la ciudadanía poética por venir.

Mientras el cadáver de Lilith yazca sin sepultura en la memoria de las mujeres, la gran salud de la relación no podrá llegar a la humanidad. *El libro de la hermana* es un acto de piedad sororal, el “réquiem por la hija del diablo” sin el cual ningún proyecto de fraternidad planetaria puede nacer del desastre de la sociedad patriarcal.



Universidad de Cádiz

ISBN 84-8191-475-4



9 788481 914757